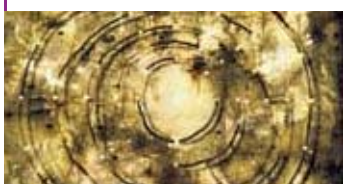


Editorial

OPINIÓN

La globalización pasiva: ¿Un círculo vicioso?



por RICARDO SIDICARO

Reflexiones sobre las posibilidades de inserción internacional.

ARTES PLÁSTICAS

América do Sul, do sol, do sal: el sueño de Armação



por GUILLERMO PIRO

Objetos y collages de Adolfo Nigro inspirados en su viaje por tierras brasileñas.

MÚSICA

La Marcha Camión cruzó el charco

por AQUILES FABREGAT

La influencia de la música uruguaya en el rock argentino.

INTEGRACIÓN

Ciudadanía integración y mito

por JOSÉ NUN

Urgencias y conflictos que dispara la idea de una ciudadanía compartida.

La coordinación macroeconómica en el Mercosur

por JOSÉ MARÍA FANELLI

Desafíos que debe enfrentar el mercado regional para consolidarse.

Política, liderazgo e integración económica

por ROBERTO BOUZAS

La importancia de la política en el futuro del Mercosur.

Lo evidente y lo latente: la educación en los procesos de integración

por SILVIA FINOCCHIO

¿Qué identidades culturales debe promover la institución escolar en un tiempo de cambios?

Los idiomas del Mercosur

por ROBERTO BEIN

Un análisis sobre las políticas lingüísticas de la región.

CINE

En busca de un rumbo posible

por GUSTAVO NORIEGA

El cine latinoamericano frente a los circuitos de distribución.

LECTURAS

El eclipse

por AUGUSTO MONTERROSO

SOCIEDAD

La tercera es la vencida

por SEBASTIÁN SCIGLIANO



Una propuesta de formación para las personas de más de 55 años.

CIENCIA

La biotecnología: ¿una caja de Pandora?

por NORA BÄR



Argentina en la encrucijada de los recientes desafíos tecnológicos.

FOTOGRAFÍA

El viaje a Sudamérica



Imágenes de H. G. Olds tomadas en sus viajes de fines del siglo XIX.

LITERATURA

Partir sin partir del todo

por MARTÍN KOHAN

El cruce al Uruguay en la novela argentina contemporánea.

HUMOR

"La injusticia me rebela"

por SERGIO LANGER

El autor se presenta a sí mismo.

Esta Revista de la Fundación OSDE, cuyo primer número presentamos hoy, es un nuevo paso en el camino que comenzó hace tres años con la organización de seminarios referidos a temas que nos parecen cruciales en la actual situación latinoamericana. Procuramos, entonces, poner en contacto a un público amplio con la producción cultural de la región, con la certeza de que buena parte de las culturas nacionales necesitan compartir aquello que sus vecinos crean, investigan o sencillamente opinan.

Asimismo, recuperando una antigua tradición que concibe las revistas como herramientas para intervenir sobre la realidad, y la acción de los hombres de la cultura como destinada a desarrollarse en horizontes más amplios que los académicos, aspiramos a que los intelectuales, artistas y científicos convocados se dirijan al lector no especializado.

Fruto de estas decisiones, el primer número ha reunido temas del escenario latinoamericano bajo el eje común de la integración. En este sentido, algunos de los artículos publicados nos enfrentan con cuestiones específicas como las de la unión monetaria y la ciudadanía compartida; otros apuntan a conocer y a "reconocernos" en las distintas expresiones culturales de la región.

Estamos convencidos de que en el marco de la globalización, los países del extremo sur –Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay, Uruguay y la Argentina– tienen la necesidad pero también la posibilidad de profundizar la integración. Es, por lo tanto, nuestro propósito difundir los trabajos de quienes participan de la propuesta de recorrer por múltiples vías el camino de unidad. En ese proceso, ciertamente, debe prevalecer la idea de que es preciso construir una sociedad más justa.

Por otra parte, debemos admitir que la propia realidad ha condicionado el emprendimiento que iniciamos. Quizás la circunstancia que más profundamente impactó en él haya sido la crisis argentina, que impuso un límite a la convocatoria de autores y artistas plásticos de otros países latinoamericanos, objetivo a alcanzar en los próximos números.

El presente nos anima a pensar un futuro mejor, es decir un tiempo y un espacio en el que las urgencias que nos acompañan hoy puedan entenderse como una puesta a prueba, un ejercicio de los hombres para trazar con firmeza su destino.

Dirección General

[VOLVER AL SUMARIO <](#)

www.revistatodavia.com.ar

© 2002 Fundación Osde. Todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual en trámite.



ilustraciones
ARIEL MLYNARZEWICZ

Ciudadanía, integración y mito

por JOSÉ NUN

Politólogo, Investigador Principal del CONICET

Cabe preguntarse si a partir de la idea de una ciudadanía latinoamericana se pueden estimular los debates largamente silenciados sobre la igualdad y las diferencias sociales.

Seguramente pocos autores han argumentado con tanta fuerza como Georges Sorel a favor de la potencia innovadora del mito. En sus *Reflexiones sobre la violencia* (1908), Sorel planteó que el capitalismo se acabaría el día en que todos los trabajadores se unieran en una gran huelga general que paralizase definitivamente el sistema. ¿Era un vaticinio? Como él mismo diría después, no tenía aspiraciones de astrólogo o de profeta. Le importaba incidir sobre el presente, no adivinar el futuro. Y por eso le asignaba al mito de la huelga general un gran efecto movilizador: buscaba con él que los trabajadores tomaran conciencia inmediata de que eran ellos los verdaderos creadores de la riqueza, algo que la mayoría aún ignoraba.

Salvando prudentemente la distancia, ¿puede cumplir hoy un papel semejante la idea de una *ciudadanía latinoamericana*, que englobe en un proyecto común a todos los habitantes de nuestro subcontinente o, por lo menos, a los de los países del Mercosur? ¿Es imaginable que opere como un mito eficaz en una región cada vez más dependiente y menos justa? Hay algunas razones para creerlo así, aunque existen también otras que invitan a la cautela o incluso al escepticismo.

Comencemos por reconocer que la noción de ciudadanía ocupa un lugar bastante secundario en los actuales debates políticos de la zona. Se entiende por qué. Se trata de una noción que, tomada en serio, resulta inseparable de otra, la de derechos humanos, pues supone la integración como iguales de los miembros de una comunidad nacional, lo cual exige, a su vez, que tales miembros gocen plena y efectivamente de sus derechos civiles, políticos, sociales y culturales. Para ser más preciso: no únicamente que se les permita votar, sino que haya tribunales que los pongan a resguardo de cualquier violación de la ley; que cuenten con un trabajo decente; que puedan educarse y cultivarse; que no queden desvalidos por razones de enfermedad o vejez; que no sean discriminados por su color, género o religión; etc. Sin ello, no se cumplen los requisitos mínimos de libertad personal y de autonomía moral que exige la concepción contemporánea de la ciudadanía. Por desgracia, para amplios sectores de la población de América Latina todo esto suena a pura utopía; a pesar de lo cual, los gobiernos, para legitimarse, apelan a la ficción de una homogeneidad social inexistente y prefieren que el asunto de los contenidos concretos de la ciudadanía se discuta lo menos posible y, sobre todo, que la mayoría de la gente no se los tome demasiado en serio. Si hay contrato social, no más del 20 o 30 % de los latinoamericanos poseen los atributos que los convierten realmente en partes de él.

Creo que éste constituiría ya un primer buen motivo para fomentar el debate sobre la ciudadanía latinoamericana, poniendo así sobre el tapete el carácter objetivamente restringido y sesgado de la participación política en nuestros países, ése del que no se habla. Pero hay otra razón que refuerza el argumento. Aquella homogeneidad abstracta que promueve la visión liberal da sustento a la imagen de una *ciudadanía integrada*, mientras que cualquier intento por pensar el problema en términos supranacionales debe abrirse naturalmente a la posibilidad de una *ciudadanía diferenciada*, que respete las peculiaridades de cada lugar. Pero, si esto sucediera, si se consiguiese ligar las ideas de ciudadanía y de heterogeneidad social, sería altamente probable que el proceso no pudiera detenerse allí y condujese a revisar la complejidad real que se da también en el interior de las fronteras nacionales. Esta complejidad abarca desde las masas rurales y urbanas que se encuentran en situaciones de marginalidad o de exclusión social, hasta los diversos grupos étnicos, religiosos o culturales que ven amenazadas sus identidades, todos los cuales necesitarían de protecciones y/o compensaciones específicas que la ficción niveladora les niega.

En la práctica, y desde la perspectiva que adopto, la discusión de una ciudadanía latinoamericana sería entonces complementaria con la discusión de la *ciudadanía nacional* y contribuiría a dinamizarla. En ambos casos, todos los ciudadanos deberían hallarse en el pleno uso de sus derechos fundamentales, por lo cual, por ejemplo, no sería admisible ni lícito en ningún plano que las condiciones de trabajo fuesen abusivas, o que no se asegurara el acceso universal a la educación o a la salud, o que no se protegiese a los necesitados. De igual modo, entre las diversidades que tendrían que ser respetadas ocuparían un lugar importante las nacionales, pero no serían las únicas; y deberían multiplicarse los esfuerzos por generar espacios de diálogo y de intercambio entre actores socioculturales diferentes, sin mengua de sus particularidades.

En otras palabras, el problema resultaría básicamente de escala pero la índole de las cuestiones no sería tan distinta y podría operar como disparador de preguntas que hoy ni siquiera llegan a formularse. Es en este sentido que la idea de una ciudadanía latinoamericana estaría en condiciones de cumplir una función doblemente movilizadora: por una parte, al instalar la idea misma de una comunidad regional de intereses, que aumentaría tanto nuestra capacidad de desarrollo como nuestra fuerza de negociación frente a las grandes potencias y sus grupos; y, por la otra, al impulsar el debate colectivo hoy tan silenciado en torno a la noción de ciudadanía y a su indispensable vinculación con el tema de los derechos humanos.

Es claro que mi referencia inicial al mito soreliano no fue inocente. En primer lugar, no cualquier concepción de la integración latinoamericana (o subregional) es armonizable con el espíritu de una analogía como la propuesta. Hasta ahora, los proyectos de esa índole que se han concretado fueron producidos “desde arriba”, por representantes de los sectores con mayor poder económico y político, los mismos que ya son parte de los contratos sociales excluyentes que rigen en nuestros países; y, obviamente, no es de eso que estoy hablando aquí. La construcción de una ciudadanía latinoamericana debe asumirse como una tarea conflictiva, que tiene que ubicarse de entrada en la arena de las luchas políticas e ideológicas como portadora de una demanda sostenida de solidaridad y de justicia social.

Después, se hace necesario reconocer que es muy grande el peso de los localismos y de las desconfianzas que conspiran contra una idea como ésta (Freud advirtió sabiamente acerca del “narcisismo de las pequeñas diferencias”, ése que lleva a extremar los celos y los enfrentamientos entre quienes más se parecen y más ganarían con unirse). A modo de ejemplo, cabe señalar lo poquísimo que ha avanzado en los hechos la iniciativa de una “Europa de ciudadanos” desde que la introdujo en 1975 el *Informe Tindemans*, y ello a pesar de los éxitos palpables de la Unión Europea. (Basta leer los resultados periódicos del *Eurobarómetro* para comprobar que, recurrentemente, alrededor de la mitad de los encuestados expresan todavía hoy las reservas que les despierta ser miembros de dicha Unión).

Pero, insisto, como en el mito soreliano, en realidad importa menos saber si llegará a establecerse algún día una verdadera ciudadanía latinoamericana (por más deseable que esto sea), que utilizarla como un recurso eficaz para abrir de inmediato un debate fuerte en torno a la igualdad, a la integración y a las diferencias, en una región debilitada por la falta de unidad y en naciones que se dicen democráticas pero donde los derechos plenos de ciudadanía constituyen un privilegio de minorías. Desde Bolívar a Mariátegui, pasando por Ugarte o por Martí, estoy convencido de que serían pocos los próceres latinoamericanos que objetarían que hoy se promueva intensamente un uso activo de su proyecto en los términos que planteo.

La coordinación macroeconómica en el Mercosur

por JOSÉ MARÍA FANELLI

Investigador del CEDES



Antídoto contra los peligrosos desequilibrios dentro del bloque, la macroeconomía parece más que nunca llamada a ocupar un lugar prioritario en la agenda de la integración regional.

El Mercosur representa la estrategia de mayor alcance que los países de la región han ensayado en la última década para enfrentar el desafío de desarrollarse en un mundo que exige cada vez más competitividad. En este sentido, el éxito del Mercosur tendrá que ver con su capacidad para cumplir con dos metas centrales: acelerar el crecimiento económico y optimizar la inserción de los socios en la economía globalizada.

ilustración
ARIEL MLYNARZEWICZ

Para cumplir con esos objetivos, el Mercosur debe llevar en el largo plazo a la conformación de un espacio económico regional unificado. El principal instrumento para llegar a él es la llamada "integración profunda". Cuando ésta existe no hay

trabas diferenciales de ningún tipo -aranceles, regulaciones, impuestos- para comprar y vender entre los miembros del acuerdo. Éste es un activo muy valioso para los países que son capaces de hacerlo, pues sus empresas podrán planear la producción tomando como referencia un mercado mucho más amplio; y ello las hace más competitivas al permitirles aumentar la escala, incentivar la especialización, atraer inversiones y, por esa vía, acrecentar el ritmo de aumento de la productividad, verdadera llave maestra del desarrollo.

Para lograr la integración profunda hay que atravesar diferentes etapas. La más simple y con menos compromiso consiste en constituir una zona de libre comercio, lo cual supone llevar los aranceles (impuestos a las importaciones) a cero entre los países que participan. El ejemplo más importante es el NAFTA. En este esquema, cada nación puede tener aranceles diferentes con terceros. El segundo paso es la unión aduanera, en la que los países se comprometen, además, a tener un idéntico arancel externo con relación al resto del mundo. El Mercosur se encuentra en esta etapa, pero de manera imperfecta porque el arancel externo no es totalmente común: está "perforado" en lo que atañe a varios productos. El modelo más avanzado de integración profunda entre países independientes es la unión monetaria. Europa, luego de un arduo proceso, logró llegar a ella. En este tipo de unión no sólo se eliminan los aranceles intrazona y se mantiene un arancel común extrazona, sino que también se comparte una misma moneda. No se trata de algo fácil de hacer, sobre todo porque cuando los socios comparten su moneda, se ven obligados a coordinar su macroeconomía; entonces no puede permitirse, por ejemplo, que uno de ellos tenga un déficit fiscal enorme y emita para financiarlo, ya que con ello estaría perjudicando al resto. Por ese motivo los acuerdos de Maastricht, que fijaban metas para las variables macroeconómicas fundamentales, precedieron a la formación de la unión monetaria en Europa. El modelo europeo sugiere que, para avanzar por ese camino, tres condiciones son necesarias: desarrollar las instituciones del acuerdo regional, armonizar progresivamente las normas que regulan las transacciones económicas en cada país, y coordinar la macroeconomía.

En la actualidad se ha instalado en la opinión pública un debate respecto de si el Mercosur está en condiciones de cumplir con las expectativas que generó con su creación y de llegar, incluso, a la formación de una unión monetaria. Si bien esta inquietud se encuentra, en parte, justificada por la magnitud de las dificultades que enfrenta la región, también es cierto que una visión de alcance estratégico no puede ignorar que en sus primeros diez años el Mercosur ha sido un acuerdo exitoso, en particular, por el intenso incremento del comercio intrarregional y por su capacidad para atraer inversiones.

La incertidumbre sobre el futuro del acuerdo se relaciona con dos cosas. Primero, el éxito estuvo asociado a la reducción de aranceles entre los socios, y no a una integración muy profunda que resulta vital para seguir creando comercio en la zona. Desde fines de 1998, el Mercosur ha ido perdiendo impulso. No sólo no consiguió sentar las bases para lanzar la etapa de integración profunda, sino que tampoco pudo consolidar la unión aduanera.

páginas **1 2 3 4**

[VOLVER AL SUMARIO <](#)

www.revistatodavia.com.ar

Segundo, la aparición de fuertes desequilibrios en la macroeconomía de los dos socios mayores ha sido un obstáculo de relevancia en los últimos años, al que se sumó la crítica situación de la Argentina. Cuando los desequilibrios son muy fuertes, incluso la unión aduanera se torna inviable. Si uno de los socios tiene, por ejemplo, una moneda muy depreciada, el resto de los miembros sufre las consecuencias pues no puede competir. Esto quiere decir que para seguir avanzando en la integración, el Mercosur necesita encontrar mecanismos que permitan administrar mejor los desajustes dentro del bloque.

Balance del proceso de integración

Ya adelantamos por qué la macroeconomía debe ocupar hoy un sitio de privilegio en la agenda de la integración regional. Pero conviene ser más específicos. Hay dos razones clave.

- la inestabilidad macroeconómica puede perjudicar el proceso de integración al afectar negativamente los flujos de comercio intrarregionales, la capacidad del área para atraer inversiones y la tarea de construir las instituciones que el acuerdo necesita para encarar la integración profunda.
- la mayor integración ya lograda genera mayor interdependencia y, por ende, la inestabilidad macroeconómica de un miembro tiende a "derramarse" sobre los vecinos.

La importancia de estas dos razones sería difícil de exagerar en la situación actual. Diez años después del Tratado de Asunción, es innegable que la inestabilidad y los efectos derrame se han convertido en impedimentos significativos para el desarrollo del Mercosur. Específicamente, desde mediados de 1998, los dos países mayores han experimentado desequilibrios fuertes y persistentes que los llevaron a tomar medidas unilaterales que no jugaron a favor del acuerdo. En 1999, Brasil modificó radicalmente su política cambiaria e instaló un régimen en el que el valor de su moneda en relación al dólar flota libremente, lo cual se tradujo en una depreciación del real. Luego de un período de tres años en los que se resistió a devaluar para compensar esa depreciación del real, Argentina siguió el mismo camino de Brasil e instituyó también un régimen de flotación en el 2002. En el período en el que Argentina trató de evitar la devaluación, se realizaron cambios en el arancel común y se pusieron trabas al comercio intrazona para contrarrestar la mayor competitividad brasileña. También existió una creciente presión de sectores afectados de una u otra forma por la competencia dentro del bloque, que acarreó demandas de protección que fueron en contra del librecomercio y perforaron aún más el arancel externo común. La complejidad de este contexto macroeconómico no sólo retrasó el perfeccionamiento de la unión aduanera, sino que, además, generó opiniones a favor de un retroceso hacia un área de libre comercio.

Si existen buenas razones para incluir la coordinación de la macroeconomía en la agenda del Mercosur, ¿cuál sería el esquema más conveniente? Hay dos alternativas. Una es un esquema laxo. Por ejemplo, la fijación de metas conjuntas para variables fundamentales como en Maastricht, pero sin "castigo" a los socios que se desvían. La otra sería estructurar un marco más institucionalizado. Lo que distingue a esta última alternativa es que se establecen instituciones compartidas y hay castigos para los desvíos de las metas. El esquema más ambicioso en esta línea sería la formación de una unión monetaria, como en el caso europeo.

Ahora bien, ¿dónde se ubica lo realizado en estos diez años, en el plano de la coordinación en el Mercosur? Una cuestión importante a tener en cuenta es que la idea de la coordinación macroeconómica es constitutiva del acuerdo. En su artículo 1, el Tratado establece que los países realizarán esfuerzos en ese sentido, y ello fue avalado por la práctica posterior. Tres pasos decisivos han sido:

- 1) el Acta de Ushuaia de 1998, en la que se declaró que con el objeto de seguir avanzando en la construcción de la unión aduanera era necesario definir un marco para la disciplina fiscal y la inversión, así como también trabajar en pos de la armonización macroeconómica y en aquellos aspectos que fueran relevantes para el establecimiento de una moneda única;
- 2) la reunión presidencial de junio de 1999, en la que se acordó la estandarización estadística de indicadores macroeconómicos;
- 3) la reunión de Florianópolis en 2001, donde fueron establecidas metas macroeconómicas para la inflación, el déficit fiscal y la deuda pública. También se estableció un sistema para la corrección de desvíos, aunque el mismo presenta la debilidad de no contar con un mecanismo de castigos que genere incentivos fuertes para su cumplimiento. Las metas acordadas fueron:

- Inflación: Un máximo de 5% para el período de transición 2002/2005 y luego buscar la convergencia en el 3%.
- Déficit: Un máximo de 3,5% del PBI para el período de transición hasta 2003 y luego 3%.
- Deuda pública: Tendencia declinante respecto del PBI desde 2005 y luego buscar la convergencia hacia el 40% del PBI.

A la luz de las turbulencias presentes en Argentina, está claro que estas metas deberían reelaborarse y que ello debería hacerse sólo después de que nuestro país logre restablecer una cierta estabilidad (como mínimo: mayor certidumbre en la evolución de los precios, funcionamiento razonable de su sistema financiero y principios firmes para la renegociación de sus compromisos externos).

Las reacciones de los socios ante el importante shock externo de 1998, sugiere que el bloque optó por la flexibilidad más que por la institucionalidad y la coordinación fuerte. Esto abrió el camino para conductas oportunistas y presiones sectoriales sobre los gobiernos, que llevaron a la actual situación de debilitamiento del espíritu de integración. A tal punto que, invocando razones macroeconómicas, se avanzó sobre los acuerdos en el área comercial, afectando el "núcleo duro" en que se sustenta el Mercosur. Por otro lado, un hecho que agregó incertidumbre fue que los países no sólo utilizaron su discrecionalidad en la coyuntura, sino que también se han reservado un cierto margen de ella respecto de los objetivos estratégicos. No hay claras señales sobre qué mecanismo de coordinación o régimen macroeconómico imaginan como óptimo para el Mercosur, en el futuro. En la práctica, Brasil ha estado utilizando toda la libertad que le confiere su régimen de flotación, y lo mismo está haciendo la Argentina en la actualidad, al tiempo que existen propuestas concretas de dolarización unilateral. El efecto negativo de estas cuestiones sobre la voluntad de cooperación regional fue mitigado, sólo en parte, por la reafirmación de la voluntad de seguir trabajando en pos de la coordinación macroeconómica, que se expresó en la cumbre regional de principios de 2002. En realidad, este hecho no deja de ser relevante, pero constituyó una señal débil, dado el contexto de turbulencias que atraviesa el área.

Ser plenamente conscientes de las serias dificultades presentes no implica, sin embargo, olvidar que los pasos ya dados sugieren que los países asignan gran prioridad al problema de la coordinación. En este sentido, se han encarado tareas destinadas a sistematizar y uniformar la información necesaria para organizar la coordinación.

Perspectivas y estrategias a futuro

¿Es posible pensar en una mayor coordinación? El principal obstáculo lo constituyen los fuertes desequilibrios macroeconómicos en los dos socios mayores que, a corto plazo, generan variaciones abruptas en el tipo de cambio real bilateral. En el período 1999-2001, por ejemplo, Brasil mejoró marcadamente su competitividad debido a que la depreciación nominal de su moneda determinó un fuerte aumento en su tipo de cambio real. Obviamente, ese incremento se vio favorecido por el hecho de que Argentina no podía, por la convertibilidad, aumentar su tipo de cambio nominal para compensar lo ocurrido con la moneda brasileña. La situación se revirtió este año. Esas variaciones generan tensiones que son muy difíciles de manejar en el ámbito regional pues, al alterar la competitividad relativa de los socios, afectan los flujos de comercio intraregionales, con consecuencias sobre sectores específicos en cada país.

Si bien esta dificultad es muy seria en el corto plazo, los estudios técnicos indican una serie de hechos que permiten ser más optimistas a largo plazo. El primero es que el tipo de cambio real bilateral entre Argentina y Brasil tiende a corregir sus desvíos y a volver a su valor promedio. El segundo es que el tiempo que tarda en volver a su equilibrio no es largo: la mitad del camino la recorre en alrededor de un año, a una velocidad superior a la observada en otras regiones. El tercero es que, como consecuencia del aumento del comercio, los ciclos económicos en ambos países pueden mostrar una coincidencia creciente y, por ende, resultaría menos conflictivo adoptar políticas macroeconómicas comunes en el futuro.

La construcción de un espacio económico con integración profunda es un proceso de largo plazo. Por lo tanto, sería miope abortarlo por los desequilibrios en el corto plazo, más aún si se tiene en cuenta que, con el tiempo, ellos tienden a desaparecer o, por lo menos, a atenuarse. Este argumento sugiere que la estrategia para superar la situación actual debería combinar acciones concretas para manejar los desequilibrios macroeconómicos de corto plazo, con iniciativas de reafirmación del objetivo estratégico que se persigue: construir un espacio ampliado que sea vehículo de mejora de la productividad. No se trata de un objetivo menor, pues la única forma de ser competitivos internacionalmente –sin basar la competitividad en salarios bajos–, es aumentar la productividad de nuestras firmas.

Para que la coordinación regional sea fiable y resulte un aporte a la estabilidad de cada miembro, es necesario desarrollar mecanismos de "castigo" e incentivos mutuos que hagan costoso para un socio apartarse de lo convenido. Sin reglas duras, cualquier esquema resultará laxo y con poca credibilidad. Específicamente, los socios deberían acordar mecanismos institucionales por los cuales el país que se desvíe, esté comprometido de manera efectiva a realizar correcciones en un plazo determinado. Es necesario, además, que el tipo de acciones esté bien definido. Por supuesto, esto requiere un desarrollo institucional acorde y voluntad política que lo respalde. También resultaría muy beneficioso despejar la incertidumbre sobre el régimen de coordinación que el Mercosur busca establecer en el futuro. Para ello hay que establecer firmemente cuál es el régimen "permanente" de coordinación que se busca adoptar y, luego, diseñar con cuidado el período de transición hacia él. La agenda para la transición, asumiendo que antes Argentina logra el mínimo de estabilidad mencionada, podría contemplar los siguientes puntos:

- Seguir trabajando para la convergencia de las variables macroeconómicas fundamentales en la línea acordada en Florianópolis, pero estableciendo mecanismos de castigo para el período de transición.
- Crear instancias institucionales para tratar efectos especiales de grandes shocks macroeconómicos, sobre todo cuando ello implique fuertes desvíos del tipo de cambio real en el corto plazo. Se podría comenzar a utilizar como patrón de referencia en las negociaciones una canasta de monedas con ponderadores basados en el comercio del Mercosur.
- Establecer claramente cuál es el régimen permanente buscado. Según nuestro punto de vista, lo mejor sería una unión monetaria a largo plazo.
- Desarrollar mecanismos para explotar ventajas mutuas en lo macroeconómico (fondos de reserva regionales, integración financiera, etc.).

Para avanzar con esta agenda, las palabras clave son cooperación, coordinación y armonización. La cooperación es indispensable para construir las instituciones que hagan posible explotar las oportunidades y establecer mecanismos de castigo que vuelvan confiables los compromisos. La coordinación es vital para el diseño y la eficiencia en la implementación de políticas que tienen a la región como ámbito. Por último, la armonización de regulaciones y de metas para las variables macroeconómicas fundamentales facilita la coordinación y la cooperación a la par que desalienta conductas oportunistas.

La pregunta sobre cuál sería la mejor estrategia para el manejo de los problemas macroeconómicos del bloque no puede contestarse haciendo abstracción de la marcha general del proceso de integración. Resultaría ingenuo ignorar el hecho de que el Mercosur enfrenta hoy grandes desafíos y que diferentes rumbos son posibles a partir del presente. Desde la perspectiva macroeconómica, algunos de esos rumbos no son excesivamente demandantes en términos de coordinación. Si el impulso que dio origen al Mercosur se diluye en una mera zona de libre comercio es por desinterés o falta de habilidad para resolver los problemas que plantea la formación de una unión aduanera y para asumir, posteriormente, el camino hacia una integración más y más profunda. En un escenario de estas características, el problema de la estabilidad macroeconómica sería un problema a resolver, básicamente, en el ámbito nacional.

La cuestión de la coordinación sólo adquiere sentido pleno y alta relevancia en la perspectiva futura del Mercosur, si los estados que lo componen se mueven con decisión y firmeza hacia la integración profunda. Nosotros creemos que ésa es la mejor opción que tienen para crecer e integrarse en la economía globalizada, dado el escenario actual de creciente proteccionismo en el Norte.

Más allá de las cuestiones técnicas, la principal razón para buscar la convergencia en la evolución macroeconómica es geográfica y política. Como vecinos, los países del bloque están condenados por la geografía a comerciar y a buscar juntos su lugar competitivo en el mundo. Pero, además, en las actuales circunstancias de convulsión mundial, el Mercosur aparece con un rol de hecho: se lo percibe como un factor de estabilidad política en un área libre de conflictos. El fracaso del Mercosur, entonces, afectaría sensiblemente el prestigio y la credibilidad de los países de la región.

Política, liderazgo e integración económica

por ROBERTO BOUZAS

Investigador de Flacso/Conicet



Ilustración
JUAN LO BIANCO

La falta de un proyecto común entre los socios del Mercosur amenaza con paralizar la experiencia más prolongada y exitosa de cooperación entre la Argentina y Brasil. Para seguir avanzando en la integración es necesario superar la ausencia de liderazgo y construir una visión de futuro compartida.

La globalización y sus vastos impactos son uno de los lugares comunes de nuestra época. Con frecuencia, se la hace responsable tanto de resultados económicos particulares, como de opciones de política supuestamente disponibles. Este o aquel fenómeno es consecuencia de ella, de la misma manera que esto o aquello no puede realizarse porque va en contra de las tendencias que provienen del sistema. La globalización se ha convertido en una buena excusa para no pensar.

Es cierto que la economía mundial está hoy más integrada que en otras épocas. Pero no es cierto que nunca lo ha estado tanto. En efecto, en algunos ámbitos, como el del mercado de trabajo, la economía mundial (incluso en países, como la Argentina) estuvo más integrada en otros momentos de la historia que en la actualidad. Lo mismo ocurre en el plano monetario, donde el sistema de patrón oro proporcionó durante décadas un ambiente más estable y previsible que el actual régimen de flotación entre las principales monedas.

El hecho de que se le atribuya a la globalización capacidades tan magníficas como la de explicar el desempeño económico o las opciones disponibles de política, obedece a que se trata, a la vez, de un fenómeno de mercado y de política. Como fenómeno de mercado, es la contrapartida de la reducción en las distancias económicas que se produce por el cambio técnico. La tecnología "achica" el mundo y reduce la efectividad de muchas barreras regulatorias que tradicionalmente servían como mecanismo para fragmentar mercados. El resultado es una economía mundial más integrada, aunque con intensidades y modalidades diferentes. Como fenómeno de política, resume y proyecta una visión normativa sobre el mundo del "deber ser" y sobre cómo deben administrarse las políticas nacionales en un contexto de creciente integración global. Esta doble faceta la convierte en un concepto que mezcla de manera no siempre evidente componentes "positivos" (que describen la realidad) con elementos "normativos" (que sugieren cómo debe ser). No siempre es fácil distinguir entre unos y otros.

En las últimas dos décadas el fenómeno de la globalización se ha desarrollado paralelamente con la proliferación y profundización de procesos regionales de integración. En parte esto ha sido el resultado de que en algunos ámbitos de política y regulación resulta más fácil armonizar las intervenciones entre socios parecidos (o entre los que existen relaciones mejor establecidas de hegemonía) que a nivel global. La agenda de la "integración profunda", característica del período de la globalización, no es sencilla de abordar en un contexto de gran diversidad y múltiples participantes. Si se miran con cuidado, todos los procesos de integración exitosos, independientemente de la forma que adopten, avanzan en una agenda de "integración profunda" que va más allá del mero levantamiento de las restricciones fronterizas al comercio de bienes.

Durante varios años el Mercosur creó la expectativa de que sería posible revertir la tradición de pobres resultados que ha acompañado a las experiencias de integración económica entre países en desarrollo. En efecto, salvo el Mercado Común Centroamericano en las décadas del cincuenta y sesenta, en América Latina los resultados de esos intentos han sido como regla decepcionantes. Algo similar ocurrió en África, donde la proliferación de acuerdos en las décadas del sesenta y setenta no produjo prácticamente ningún efecto sostenible. La única excepción fue la Unión Aduanera Sudafricana, creada a principios del siglo XX, que aún sobrevive en un ambiente regional moldeado por peculiaridades políticas y estratégicas.

páginas **1 2 3**

[VOLVER AL SUMARIO <](#)

www.revistatodavia.com.ar

¿Por qué ha sido históricamente difícil obtener resultados significativos en procesos de integración entre países en desarrollo? Las razones son varias. Por un lado, durante buena parte del período de posguerra, los países en desarrollo implementaron políticas de protección de sus mercados domésticos que desalentaron la integración con los vecinos, excepto en aquellas áreas en las que había claras complementariedades. Dada la estructura productiva de estas economías y su modo de integración en la economía mundial –principalmente como exportadoras de productos básicos–, el potencial para la cooperación en un marco de protección de los mercados domésticos era muy limitado.

Por otro lado, el avance de un proceso de integración requiere un ambiente macroeconómico estable que evite los grandes shocks que alteran las condiciones de competencia en la región y presionan por aumentos en la protección. Tradicionalmente, las economías en desarrollo han estado sujetas a macroeconomías inestables que les han dificultado mantener regímenes y compromisos económicos por largos períodos de tiempo. La volatilidad de las políticas es un rasgo común del mundo del subdesarrollo.

Finalmente, la integración económica (sobre todo la "integración profunda") demanda capacidades institucionales que muchas veces no están disponibles. Si se trata de constituir una unión aduanera, por ejemplo, no solo es necesario eliminar las restricciones al comercio entre los países que participan del acuerdo, sino también aplicar una política comercial común con relación al resto del mundo. Esto supone acordar un arancel externo, y además, implementar procedimientos aduaneros equivalentes que iguallen las condiciones de acceso de los bienes importados a la región. Asimismo, la integración económica requiere que se destinen recursos para el desarrollo de instancias institucionales que permitan administrar de manera más efectiva los problemas compartidos. En un contexto de recursos escasos, éstos normalmente no están disponibles.

A pesar de todos esos factores que abonaban el escepticismo, durante algún tiempo el Mercosur generó expectativas diferentes basadas en resultados tangibles. El comercio se expandió fuertemente, los vínculos entre las sociedades se multiplicaron y las percepciones mutuas se modificaron, dejando atrás una historia de rivalidad y conflicto latente. En el proceso, las dos economías mayores de América del Sur concentraron sus energías políticas en la cooperación y se impusieron como meta el establecimiento de un mercado común.

Este objetivo parecía por cierto demasiado ambicioso. No obstante, los miembros del Mercosur realizaron progresos muy significativos al eliminar barreras arancelarias al comercio. En cuatro años prácticamente desaparecieron todos los aranceles al comercio intrazona y, a fines de los noventa, todos los bienes –excepto los automóviles y el azúcar– tenían preferencias del 100%. A pesar de que éste es un hecho puramente comercial, su importancia no puede subestimarse en tanto el objetivo era la formación de un mercado regional más amplio. Su impacto fue muy significativo en las economías menores del Mercosur –como las de Paraguay y Uruguay– y también para un país como la Argentina, que llegó a colocar más de un tercio de sus exportaciones totales en el mercado regional.

El Mercosur dejó muchas tareas pendientes, como la supresión de las restricciones no-arancelarias, la armonización y coordinación de políticas macroeconómicas y sectoriales, o la implementación efectiva de una política comercial externa común. Pero hasta hace poco tiempo, éstas parecían más desafíos de política que obstáculos insuperables. Sin embargo, este cuadro ha ido cambiando gradualmente.

En la segunda mitad de los noventa el Mercosur ingresó en una meseta y, en los años más recientes, retrocedió no solo en la intensidad de los vínculos económicos intra-regionales, sino también en relación a compromisos de política como el acceso a los mercados o el arancel externo común. Lo más relevante, desde una perspectiva estratégica, es que los intereses comunes que estuvieron en la base de la cooperación bilateral que ensayaron la Argentina y Brasil, a partir de mediados de los ochenta, fueron desdibujándose.

El Mercosur enfrenta dilemas de política muy importantes, pero el principal obstáculo son las visiones diferentes que prevalecen en los gobiernos sobre cómo encararlos. El Mercosur carece de una visión de proyectos e intereses comunes que, desde la política, pueda arbitrar con éxito las legítimas diferencias que hay entre los miembros. Falta responder la pregunta clave: qué es lo que cada gobierno está haciendo como parte del Mercosur y para qué quiere ser miembro.

Con excepción de experiencias singulares, como la del Tratado de Libre Comercio de América del Norte entre Canadá, Estados Unidos y México, los procesos de integración suelen ser conducidos por la política. La política no puede ir sistemáticamente en contra del sentido común o la racionalidad económica, pero es el mecanismo que permite alcanzar compromisos sustentables e identificar intereses comunes en un contexto de asociación voluntaria y diferencias legítimas. La experiencia europea demuestra de manera inequívoca que la integración no es un proceso lineal. Por el contrario, es una interminable sucesión de episodios de freno y arranque, como bien lo recuerdan la "silla vacía" de De Gaulle en los sesenta o la "Euroesclerosis" en la primera mitad de los ochenta. Los frenos son generalmente consecuencia de los obstáculos que plantea la realidad. Los arranques lo son del liderazgo y de la visión de futuro que provienen del ámbito de la política.

Son estos ingredientes los que le faltan al Mercosur en la actualidad. No se trata de minimizar los problemas objetivos, que son abundantes. Pero éstos no pueden ni siquiera comenzar a tratarse si antes no existe un sentido de propósito común y empresa conjunta que dé racionalidad y justifique la inversión de recursos en la cooperación. El Mercosur padece una grave deficiencia de liderazgo. Brasil, que debería aportar un sentido de dirección estratégica – aunque más no fuera por una cuestión de tamaño económico relativo– tiene una tendencia histórica a la introversión y al aislamiento, a actuar cíclicamente con aspiraciones de "gran potencia" regional y a resistir el imperio de las reglas porque la flexibilidad cuenta a su favor. Todas las razones son entendibles, pero muestran una falencia de visión sobre lo que constituye un liderazgo constructivo. Esta debilidad ha sido más evidente durante los últimos años de la década de los noventa. Mientras que el ex-presidente José Sarney dio un vuelco radical a las relaciones entre la Argentina y Brasil en 1985, y Fernando Collor de Mello suscribió el Tratado de Asunción en abril de 1991, en los diez años de gobierno de Fernando Henrique Cardoso es difícil encontrar contribuciones equivalentes a la consolidación del Mercosur.

Por su parte, los sucesivos gobiernos argentinos han hecho muy poco para aumentar el interés brasileño en el proceso de cooperación intra-regional, desde mediados de los noventa. Al contrario, parecen haberse ocupado prolijamente de confirmar las peores presunciones de "oportunismo", ausencia de consensos básicos y ambigüedad. De esta manera, se ha fortalecido la opinión de quienes en Brasil ven la asociación con la Argentina como un "mal negocio" o un mero expediente para incrementar los recursos de poder –lo que en nuestro medio algunos han llamado "brasildependencia"– en forma instrumental a un proyecto de predominio regional. Entre tanto, las oportunidades para la construcción de una cooperación mutuamente beneficiosa se han ido esfumando, después de un largo período de inversión de recursos económicos y políticos en el desarrollo de un vínculo más intenso.

Este nudo gordiano que ha paralizado al Mercosur tiene elementos de la realidad, pero también, mucho de visión de mundo e ideología. Y es allí donde la política debiera hacer una contribución más sustantiva. Aún hoy, después de medio siglo de integración económica, los gobiernos de Francia y Alemania tienen disputas esenciales sobre el papel de cada país en Europa y en el mundo. La caída del muro de Berlín solo las ha acentuado. Es precisamente ahí donde hace su aporte la política y la calidad del liderazgo, abriendo caminos para transacciones y descubriendo intereses comunes que parecen obvios, solo una vez que han sido explicitados por alguien que consigue ver más allá.

En efecto, el límite principal del Mercosur hoy es la falta de un proyecto común. El riesgo es que una experiencia dinámica y exitosa se transforme en un *deja vú* de la integración latinoamericana, moviéndose gradualmente hacia la irrelevancia. La oportunidad reside en la posibilidad de recuperar una visión compartida, aún en un contexto de legítimas diferencias. Nunca en la historia de la Argentina y Brasil existió un período tan prolongado de cooperación, acercamiento y desarrollo de vínculos materiales. En un escenario en el que la globalización empuja –por razones de mercado y de política– a la similitud, la promoción de identidades e intereses comunes con nuestros vecinos puede contribuir a explotar, en un mundo más integrado, todas las potencialidades que se derivan de la diversidad.

Lo evidente y lo latente: la educación en los procesos de integración

por SILVIA FINOCCHIO
Investigadora de FLACSO

La discusión sobre qué identidades culturales debe promover la institución escolar adquiere un peso particular en una época signada por el respeto a la diversidad. En este sentido, la reformulación de los contenidos de los programas de historia y geografía y el reconocimiento de los estudios básicos entre los países miembros del Mercosur abren alternativas para proyectos comunes.



Collage
ADOLFO NIGRO

Noche de Armaçao
1994
objeto, 45.5x52 cm,
colección particular

Fue la escolarización, en primera instancia, la que puso los moños el 25 de mayo en la cabeza de los chicos, la que promovió las lecturas alusivas a los próceres, la que impuso los ademanes graves en señal de respeto y honor a los símbolos nacionales. Por encima de todos los ideales y los sentimientos, la escuela se encargó durante décadas de inducir en el ánimo de niños y jóvenes, el "amor a la Patria".

Autoritaria por su acción homogeneizadora y al mismo tiempo democrática por su carácter de "dadora" de conocimientos –dar de leer, dar de escribir, dar cuentas, dar historia, geografía, química o física–, la escuela imponía una identidad fundada en la nación e integraba bajo una promesa: la de ser puente a una existencia de mejores condiciones.

Algo diferente se insinúa hoy, en tiempos en que la escuela compite con otros elementos culturales, como los medios de comunicación de masas, y el respeto a la diversidad cultural ha comenzado a constituirse en un valor. No parece admisible que, en la actualidad, maestros y profesores transmitan un patrón cultural homogéneo que obliga a que todos tengan idénticos hábitos de comida, idénticas costumbres familiares, idénticos gustos literarios o artísticos, idénticas formas de pensar o de hablar.

páginas **1 2 3**

[VOLVER AL SUMARIO <](#)

www.revistatodavia.com.ar

Esto es, que la escuela crea necesario asegurar uniformidad para construir unidad.

A pesar de reconocer estos cambios, también es evidente que no hay renuncia consciente de la vieja idea de nación. Dos pensamientos lineales y simples se siguen escuchando en las aulas: "somos una sociedad privilegiada" (de boca de maestros voluntaristas) y "no somos nadie" (de boca de alumnos apesadumbrados). Ambos son el reflejo de un presupuesto ideológico arraigado y categórico que entiende a la nación argentina como resultado de "una historia" y "una geografía".

"Somos una sociedad privilegiada" deriva de "una historia" que cuenta las hazañas de unos héroes y de "una geografía" que describe un país vasto, rico y de clima benigno que promete bienestar para todos. "No somos nadie" proviene del reciente trastocamiento social, traducido en deterioro de la subjetividad y de las condiciones de vida, responsable de la frustración de aquella historia y aquella geografía. Se interrumpió el progreso por medio del trabajo tal como fuera concebido hace más de cien años. Se perdió la identidad configurada sobre la base del ascenso social.

Evidencias de continuidades y de rupturas, en los intercambios entre maestros y alumnos y en el registro de la enseñanza y de los aprendizajes a través de los cuadernos de clase, plantean algunos de los grandes retos de la escuela actual: ¿qué recorte de la cultura transmitir? ¿qué identidades promover? ¿cómo lograr que la escuela sea una dadora de oportunidades para que niños y adolescentes lleven a cabo iniciativas culturales ajustadas a sus intereses y a las necesidades sociales?

La apuesta de discutir estos dilemas del quehacer de maestros y profesores, y de avanzar sobre ellos con propuestas concretas para la práctica educativa, supone pensar qué sentidos debe transmitir la institución escolar en tiempos tan vertiginosos como los que nos toca vivir.

Algunos esfuerzos dirigidos al desarrollo de una conciencia ciudadana favorable a una integración respetuosa de la pluralidad y diversidad cultural arrojan interesantes indicios. Entre ellos, cabe mencionar algunos de naturaleza estatal y otros del propio ámbito de las instituciones escolares.

Desde el inicio, los Estados del Mercosur tuvieron en claro que sellar los compromisos de integración suponía trascender la esfera económica e incorporar las dimensiones de la ciudadanía y de la identidad.

Para desterrar prejuicios y fomentar actitudes de tolerancia, convivencia e integración había que sortear dos concepciones peligrosas y anteponer un criterio histórico en el seno de las propias burocracias educativas.

Una de las nociones riesgosas es la que asimila la integración a la destrucción de las identidades nacionales y de los particularismos culturales. La otra supone que las experiencias nacionales son irreconciliables con una identidad regional.

El criterio histórico a considerar refiere al carácter cambiante de las identidades culturales y políticas. Esto significa admitir que la historia incluye no solo instancias de conflicto o enfrentamiento sino también de proyectos, experiencias y emprendimientos compartidos.

No sin superar del todo las aprensiones, obsesiones, obcecaciones y ofuscaciones se echaron a rodar algunas ideas que derivaron en concreciones tales como el reconocimiento automático de los estudios básicos entre los países miembros del Mercosur. Por ello, un niño que cursa la Enseñanza Fundamental en Brasil puede ingresar directamente al año que se le corresponda en la estructura del sistema educativo de Uruguay, Paraguay o la Argentina. Y, recíprocamente, con la misma posibilidad cuenta todo niño uruguayo, paraguayo o argentino.

Además, se inició la revisión de los contenidos de la enseñanza de la historia y de la geografía en estos países y se promovió el debate entre investigadores y educadores en sendos encuentros que definieron como temas comunes a desarrollar en las propuestas curriculares: el estudio histórico de diferentes etnias, las fronteras como espacio de intercambio y aislamiento, el pasado colonial en la perspectiva de estudios comparados, el estudio de los conflictos nacionales en una perspectiva regional, las dictaduras militares recientes en América Latina y los circuitos del exilio, la producción cultural en perspectiva histórica, los flujos económicos, financieros y tecnológicos, las ciudades, las redes de transporte y de comunicación, entre otros.

La enseñanza de la historia y la geografía aporta a la visión de sí mismo y a la visión sobre los otros, esto es, a la representación sobre el propio país y a la mirada sobre los países vecinos. Los estereotipos encarnados en estas figuras –uno mismo y el otro– son definitorios a la hora de facilitar o bloquear la predisposición a la integración.

En este sentido, un interesante aporte a la región ha realizado la investigación sobre "La visión argentino–chilena sobre el país vecino" en el sistema escolar. Diagnóstico y perspectivas." codirigida por Luis Alberto Romero y Manuel Antonio Garretón, como resultado de un acuerdo entre las Universidades de Chile y de Buenos Aires y del apoyo brindado por la Fundación Antorchas y la Embajada de Chile en la Argentina.

Asimismo, las políticas lingüísticas de los sistemas educativos alentaron la enseñanza de las lenguas oficiales del Mercosur, el español y el portugués. Al respecto, los avances del Brasil son más notorios, en tanto este país instauró el español como segunda lengua obligatoria en las escuelas.

Por su parte, tres universidades nacionales de la Argentina –la Universidad de Buenos Aires, de Córdoba y del Litoral– aportan a este proceso de integración lingüística a través de la conformación de un consorcio para la implementación del examen de conocimiento y uso del español como lengua extranjera. Este examen, que certifica niveles de dominio cualquiera haya sido el ámbito de aprendizaje, tiene como principal horizonte el Brasil y apunta a fortalecer la variedad latinoamericana en el uso del español.

Cabe mencionar también el inicio de una implementación experimental de acreditación para el Mercosur de las carreras de Medicina, Ingeniería y Agronomía, con el fin de avanzar en la compatibilización de títulos y habilitaciones profesionales. La circulación de personas y enriquecimiento mutuo en el desarrollo conjunto del conocimiento es una de las compuertas que se abre a medida que los procesos de integración se ponen en marcha.

No contamos con un relevamiento exhaustivo, hasta el momento, de las experiencias institucionales referidas a la integración. Sin embargo, sabemos de su existencia, su variedad y su calidad. Solo para dar cuenta de algunos ejemplos, mencionaremos dos.

Una de ellas alude a la práctica de intercambio entre alumnos de la Escuela Superior de Comercio Manuel Belgrano dependiente de la Universidad Nacional de Córdoba y el Colegio de Aplicación de la Universidad Federal de Santa Catarina, que se desarrolla con gran éxito desde hace varios años.

Ver al otro, conocerlo, valorizarlo en su realidad y como consecuencia de ello, reflexionar sobre el diálogo entre las culturas, son los retos que se plantean ambas escuelas. El intercambio entre docentes permite aportar, a su vez, en lo referido al currículum y las prácticas escolares.

Otra de las experiencias educativas consiste en el uso de fuentes orales en la enseñanza. Se lleva a cabo desde 1998 en escuelas primarias de la Ciudad de Buenos Aires que cuentan con un número importante de niños procedentes de países limítrofes. En términos formativos, esta propuesta contribuye a atender desde las aulas la conflictividad afectiva, social y cultural de la experiencia migratoria, en el contexto histórico actual.

Si el conocimiento ha recuperado un lugar central en el debate acerca de las estrategias de desarrollo económico y social, es de suponer que se considere a la educación como herramienta fundamental para la constitución de la ciudadanía y el crecimiento económico.

A su vez, el escenario de profunda crisis relocaliza prioridades y la educación se encuentra entre ellas, en tanto le cabe entre sus tareas fundamentales el fortalecimiento de la democracia, el incremento de la igualdad social y el aporte a la estabilización económica.

Para pensar si es posible el futuro se debe advertir que el posicionamiento del Estado, de las familias, de los docentes y de los alumnos con respecto al papel de la escuela es central frente a la corrosión de la mayoría de las instituciones.

Una educación contextualizada y atenta a los intereses sociales está latente.

C

ñ

Desde hace unos quince años se estudian cuestiones relativas a las políticas lingüísticas en la Argentina y se alerta sobre la falta de una toma de decisiones planificadas en ese terreno. Las actitudes estatales ante el uso y la enseñanza de los idiomas tienen una relevancia política que no debe ser subestimada.

Los idiomas del Mercosur

por ROBERTO BEIN

Profesor de Sociología del Lenguaje, UBA.

A lo largo de la historia, los estudiosos han intentado explicar por qué cambian las lenguas. Una hipótesis es la de la "economía lingüística", es decir, una paulatina simplificación de los recursos lingüísticos, como la supresión de la declinación latina en las lenguas romances. Otras explicaciones son más descriptivas: las lenguas cambian con la introducción de nuevos vocablos, debidos al conocimiento de nuevas realidades (como "puma" y "pampa" o, más recientemente, "sida" y "genoma"), a inventos o nuevos procedimientos (como "teléfono", "vacunar", "informatizar"), a cambios sociopolíticos ("burguesía", "globalización") y al olvido de palabras que designan realidades caídas en desuso ("cataplasma", "ebúrneo"). También cambian cuando entran en contacto con otras, en procesos de migraciones, conquistas, desplazamientos de población e incremento del comercio más allá de las fronteras lingüísticas, lo cual abarca desde la introducción de extranjerismos hasta la formación de lenguas "híbridas", de mezclas. Dentro de una misma lengua, un grupo puede introducir cambios que luego se adoptan en general (como la pronunciación "sh" de la "ll" y la "y" en el castellano de los jóvenes porteños).

Pero un factor que tiene una larga historia y que, sin embargo, se omitió estudiar hasta hace unas tres décadas, es que las lenguas también cambian, se introducen nuevas, se determina qué lenguas extranjeras estudiar e incluso se cambia de lengua, debido a decisiones conscientes y planificadas de quienes tienen el poder de hacerlo: generalmente, gobiernos o colectivos con gran influencia pública. Estas decisiones son lo que se denomina política lingüística; y su puesta en práctica, planificación del lenguaje.

El español en Brasil: una anécdota reveladora

Permítaseme ilustrarlo con una anécdota familiar. Hace poco recibí un e-mail de una prima mía que vive en Río de Janeiro. A su hijo Miguel le habla en español argentino. Y ahora Miguel tiene clases de español en la escuela. Mi prima escribe lo siguiente: "Aprovecho para contarles también mi intercambio de palabras con la profesora de español de Miguel. Esta profesora le bajó a Miguel un punto en la prueba, pues al escribir el abecedario en español, colocó 've' por la V y 'doble ve' por la W, y la profesora (profesora!?) insiste en decir que es incorrecto, que la única opción es "uve" y "uve doble". ¿Cómo puede bajar un punto por una respuesta que no es incorrecta? Bueno, demás está decirles que, sin perder la calma y con mis conocidos buenos modales, le aconsejé que hiciera un cursito en el Consulado Argentino, o en el Colombiano, el Paraguayo, el Peruano...".

páginas **1** 2 3 4

[VOLVER AL SUMARIO <](#)

www.revistatodavia.com.ar

Desde la perspectiva político-lingüística, se abre aquí un panorama interesante:

- 1) el niño tiene clases de español porque –a diferencia de la Argentina– Brasil está cumpliendo con los acuerdos del Mercosur, que recomiendan enseñar la otra lengua oficial en los respectivos países: portugués en Argentina, Paraguay y Uruguay; y castellano en Brasil
- 2) al niño le corrigen el nombre de la "v" y la "w" porque la norma del castellano enseñado en Brasil suele ser la española; quien está teniendo la hegemonía en la enseñanza del castellano y la formación docente, es el Instituto Cervantes
- 3) que se haya llegado a esta situación no sólo tiene que ver con la política lingüística brasileña, sino también con la española y con una política lingüística argentina que al respecto está en sus inicios.

A eso se podría agregar que el "cursito en el Consulado Argentino, o en el Colombiano, el Paraguayo, el Peruano" que le recomendó mi prima a la maestra, demuestra cierto orgullo latinoamericanista y parte de la idea de que existen únicamente dos variedades del castellano: la peninsular y la americana, idea que, por cierto, está muy de acuerdo con la concepción de los sectores más tradicionales de la Real Academia Española. En realidad, sabemos que la distancia entre, por ejemplo, el español de Bogotá y el rioplatense, no es menor que la existente entre éste y el madrileño. Pero estamos aquí ante la eficaz presencia de representaciones sociolingüísticas, que son esas ideas compartidas socialmente acerca de las lenguas, ideas que se interponen entre nuestra práctica lingüística real y la conciencia social de esa práctica, como "el alemán es difícil" o "el inglés es útil para conseguir trabajo". Pueden no reflejar la realidad, pero, a la larga, influyen en ella, puesto que condicionan nuestros comportamientos.

Los usos del idioma en tres países vecinos

Toca ahora preguntarse acerca de los idiomas usados en la región, para averiguar de qué panorama parten las políticas lingüísticas en curso y las que se podrían instrumentar. Una representación sociolingüística bastante generalizada es la de que casi todos los países de América del Sur y la Argentina en particular son monolingües. Sin embargo, y para comenzar por nuestro país, efectivamente hay un monolingüismo expandido desde alrededor de 1920, a pesar de la inmigración masiva y a raíz de una política castellanizadora que se canalizó a través de la escolaridad primaria obligatoria, el servicio militar y ciertas manifestaciones culturales como los sainetes, que ridiculizaban al inmigrante que hablaba cocoliche. Además, precisamente la inmigración de muy diversos países hacía necesario el idioma común para entenderse y conseguir trabajo. También contribuyó a la rápida castellanización la composición social de varios grupos de inmigrantes, que hacían que el castellano fuera la primera lengua escrita en la familia. Sin embargo, resulta fácil comprobar que el panorama no es tan sencillo, por más que la Argentina esté entre los países con menor diversidad lingüística (se señalan unas once lenguas usadas como lenguas del hogar):

1. Hay grupos de inmigrantes antiguos que siguen cultivando sus idiomas de origen (alemanes, franceses, ingleses, italianos, armenios, judíos de Europa oriental, japoneses, rusos, polacos, entre otros). No hay cifras fiables pero se puede suponer que más de un millón de personas conserva la lengua de origen como lengua del hogar, con diversos grados de mezcla con el castellano (como los jocosamente llamados "Belgrano-Deutsch", la mezcla de alemán y castellano que hablan los numerosos inmigrantes alemanes en ese barrio porteño; y el "River-Plate-English", variedad del inglés que hablarían quienes lo aprendieron únicamente en cursos escolares).
2. Algunas lenguas aborígenes conservan su presencia en determinadas provincias, aunque es cierto que son pocos los monolingües (probablemente unas decenas de miles). Sin embargo, a estos hablantes hay que sumarles tanto los migrantes internos como los inmigrantes paraguayos, bolivianos y peruanos, en parte agrupados en barrios periféricos de grandes ciudades, con grados diversos de empleo de las lenguas indígenas.
3. Tienen presencia lenguas de inmigrantes recientes, a saber, inmigrantes brasileños, del sudeste asiático y, últimamente, del este europeo (los inmigrantes coreanos se estiman en unos 30 mil; los de la ex Unión Soviética, en varios miles).
4. En las zonas de frontera, sobre todo en Misiones, se dan formas híbridas de portugués y español (el llamado "portuñol") y hay hablantes de portugués como primera lengua; en Formosa, es notoria la incidencia del guaraní (se habla de "guarañol").
5. Además de la incrementada enseñanza del inglés en las escuelas a partir de la reforma escolar iniciada en el gobierno de Menem, hay una innegable presencia de esa lengua en muchos hogares a través de la televisión, la informática e incluso las instrucciones de uso de artículos importados.

Un panorama similar existe en Uruguay. Si bien la presencia de lenguas indígenas es muy reducida, el portugués tiene mayor difusión, y es fuerte el fenómeno de los llamados "DPU" (dialectos portugueses del Uruguay), sobre todo en la zona de Rivera.

La situación de Brasil es muy distinta: por una parte, no basta con cambiar "castellano" por "portugués" en la caracterización lingüística, porque la norma brasileña es sentida como absolutamente válida: nadie tiene la idea de que el portugués brasileño sea una deformación del "verdadero" portugués europeo, a diferencia de lo que suele ocurrir en los países hispanohablantes con relación a la Real Academia Española. En eso pesan varios factores, entre ellos el hecho de que Brasil tenga 160 millones de habitantes, y Portugal sólo 10 millones. Por otra parte, algunas fuentes afirman que se hablan en Brasil más de 200 lenguas, con una gran diversidad de lenguas aborígenes.

Paraguay es uno de los raros casos en que los vencedores adoptaron la lengua de los vencidos por razones cuya explicación excede esta nota: el guaraní se convirtió en la lengua cotidiana de los descendientes de españoles, sigue siendo lengua vehicular entre indígenas de otras lenguas maternas e, incluso, lo conocen los menonitas, un grupo ultrarreligioso que tiene como lengua primera un dialecto alemán del siglo XIX. Durante mucho tiempo, existió una fuerte diglosia, es decir, una diferencia de uso y jerárquica según la cual el español era la lengua de la educación, la literatura, la administración, la justicia y demás funciones "elevadas", mientras que el guaraní era la lengua del hogar, la cotidianidad, la amistad, la música popular, es decir, la lengua oral por excelencia. Sin embargo, era símbolo de identidad nacional. Esta situación ha cambiado en los últimos años: el guaraní ha sido declarado lengua co-oficial junto con el castellano, se lo ha dotado de una ortografía unificada y se lo enseña en las escuelas. Aun así, Paraguay ha aceptado por ahora que los únicos idiomas oficiales del Mercosur sean el español y el portugués.

Con todo, la diversificación lingüística de la región, que de esta manera sumaría más de 250 lenguas, no se debe exagerar. El discurso políticamente correcto, que prescribe la defensa de las minorías, no debe ocultar el hecho de que el español es un vínculo efectivo entre la mayoría de las naciones desde Tierra del Fuego hasta México e incluso más allá, puesto que hay unos 25 millones de hispanohablantes en Estados Unidos. Tampoco se debe pasar por alto que el portugués es la séptima lengua entre las 3500 ó 4000 que hoy en día se hablan en el mundo. Más aún: una defensa efectiva de las minorías étnicas y lingüísticas debe partir de datos certeros, y lo cierto es que Argentina, Brasil y Uruguay, se hallan entre los que tienen una sola lengua dominante, y Paraguay, sólo dos, a diferencia de países como la India, en el que se hablan centenares de lenguas y varias de ellas cuentan con millones de hablantes.

La actitud ante las lenguas: un hecho político

Ante esta situación se pueden adoptar dos actitudes: dejar que las cosas sigan su curso (lo cual en sociología del lenguaje se llama política lingüística liberal), o tomar medidas como prescribir lenguas oficiales, defender lenguas de minorías, determinar qué lenguas se deben estudiar en el sistema escolar, fijar estándares de conocimientos exigibles a inmigrantes, imponer regulaciones sobre las lenguas, ayudar a la difusión de la lengua propia en otros países, etc. (lo cual se llama política lingüística dirigista). En este segundo sentido, hubo en años recientes varias iniciativas: proyectos de leyes de Jorge Asís, Jorge Vanossi y Leopoldo Moreau en defensa del castellano, una ordenanza municipal de Norberto Laporta sobre la necesidad de que los comercios indiquen su rubro en castellano, leyes para la defensa de las lenguas indígenas. Pero, sobre todo, surgió una política emanada de la reforma escolar en curso, que incluye las lenguas extranjeras en la escolaridad obligatoria en todo el país —antes sólo eran obligatorias en la Ciudad de Buenos Aires— y presenta iniciativas sobre la enseñanza del español con metodología de lengua segunda para grupos cuya lengua materna sea otra. Y, últimamente, iniciativas —¡por fin!— para la enseñanza del español en el Brasil.

Ahora bien, teóricamente uno puede adoptar cualquier política lingüística; por ejemplo, que la lengua extranjera a enseñar en la Argentina sea el húngaro.

Sin embargo, como cualquier otra, una política lingüística puede triunfar o fracasar. Un ejemplo de éxito es la imposición del hebreo en Israel para inmigrantes que venían de decenas de países con centenares de lenguas distintas; un ejemplo de fracaso, la conversión del hindi en lengua general de la India.

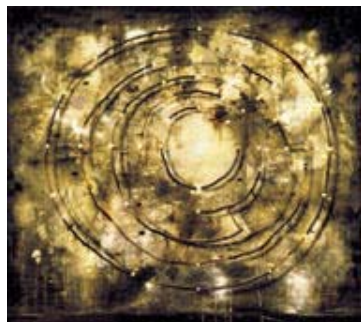
¿Cuáles son las condiciones para que una política lingüística triunfe?

Por un lado, un buen conocimiento de la realidad de partida. Esto incluye, en primer lugar, un conocimiento de las lenguas usadas en el territorio. Para ello hace falta un censo lingüístico, con todas las dificultades que comportan las preguntas acerca del uso y el conocimiento de lenguas, porque las representaciones acerca de lo que es saber una lengua varían mucho, y porque inciden factores como el prestigio y la cohesión grupal (para dar un ejemplo: es posible que un bilingüe castellano-lengua indígena no declare esta última, por más que la domine; mientras que un bilingüe castellano-alemán, aun cuando su alemán sea rudimentario, lo exhiba orgullosamente). Aquí interviene, precisamente, el segundo factor a conocer: el discurso circulante acerca del prestigio y la utilidad de las distintas lenguas. Por cierto que, al tratarse de discurso, se lo puede ir modificando con un contradiscurso. Hay que tener en claro que la lengua es un elemento vigoroso de la identidad social, pero las identidades se construyen discursivamente.

Por eso, se debe considerar que hay una relación mutua entre discurso identitario y lengua: si se quiere que, por ejemplo, triunfe la enseñanza del portugués en la Argentina, no solo habrá que crear las condiciones técnicas para hacerlo –formación de docentes, materiales de estudio, legislación, etc.–, sino que también habrá que "propagandizar" esa enseñanza. Pero ni siquiera eso bastará: habrá que combinarla con una enseñanza de la historia común de los pueblos latinoamericanos, de la geografía, de la cultura; en suma, habrá que enmarcarla en la construcción de una identidad que rivaliza con la identidad hispánica y la panamericana. Por lo demás, la política y la planificación lingüísticas requieren de especialistas; se trata de cuestiones complejas, de las que aquí hemos podido dar sólo unos rasgos sucintos.

Con todo, una cuestión central para que una política lingüística triunfe es la voluntad política de llevarla a cabo. Toda política lingüística se enmarca en proyectos políticos más amplios, y cuando hay sectores que preferirían que la Argentina se integrara al Tratado de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en lugar de fortalecer el Mercosur, se comprende que hay aquí varios proyectos competidores. Si bien sus consecuencias político-lingüísticas no son directas ni mecánicas, resulta evidente que el apoyo al segundo de ellos debilita en el imaginario social la necesidad de la enseñanza del portugués y que, en cambio, la enseñanza más extendida de este idioma contribuiría a forjar la identidad latinoamericana y fortalecería la voluntad de integración en el Mercosur.

Por último, una consecuencia fácil de advertir: cuando un país no emprende su propia política lingüística interna y externa se ve sometido a la política de terceros países (y mi sobrino Miguel tendrá que seguir sufriendo las correcciones de su profesora de español).



pintura
JUAN ANDRES VIDELA

De la serie Circle games
óleos s/tela, 1999.

La globalización pasiva: ¿Un círculo vicioso?

por RICARDO SIDICARO

Doctor en Sociología

Los procesos de globalización crean una realidad nueva, cuya dinámica no puede entenderse con ideas del pasado. Hoy resulta necesario reflexionar sobre el futuro de los países que adoptaron formas de globalización pasiva, es decir, que abrieron su economía y su cultura sin poner ningún tipo de restricciones a los poderosos actores internacionales.

Es indudable que los habitantes de nuestro planeta han alcanzado en el presente un altísimo grado de interdependencia. Un avance tecnológico realizado en un país puede tener consecuencias enormes en otro muy lejano. La producción, los servicios, las ideas y hasta las convicciones más íntimas de los sujetos son afectados por cambios que provienen de las antípodas de sus lugares de residencia y se expanden a una velocidad vertiginosa. Es cierto que los vasos comunicantes que unen a las diferentes naciones y regiones no constituyen, en sentido estricto, una novedad de los tiempos actuales. Lo reciente e inédito no son las interconexiones entre realidades distantes, sino que éstas conforman un sistema cuya complejidad es muchísimo mayor que la imperante otrora.

Quienes pretenden asimilar lo nuevo a lo viejo pueden encontrar similitudes y, en un intento argumental no carente de cierta lógica, probablemente ilustren sus afirmaciones con grandes ejemplos: desde las Cruzadas y los viajes de Colón, hasta las inversiones de las empresas multinacionales y los rasgos que las caracterizaron hasta los pasados años ochenta. Si bien no cabe minimizar las consecuencias de los anteriores procesos de difusión de culturas y de intereses, se pierde en la comprensión de cada una de ellas si se las asemeja simplemente por alguno de sus rasgos más generales y compartidos. Eso sucede, también, cuando la actual globalización es subsumida y confundida con las anteriores formas de internacionalización e interdependencia entre regiones.

Es imposible abordar en esta corta nota el tema de la globalización en sus múltiples aspectos. Me interesa, en cambio, plantear una breve reflexión acerca de lo que denominaré la *globalización pasiva* y el círculo vicioso —difícil pero no imposible de romper— que es propio de esa dinámica.

Miradas antagónicas del mundo actual

Existen descripciones apologéticas de los procesos de globalización. Las mismas anuncian la llegada de un mundo homogéneo en el que las desigualdades nacionales tenderán a dejar de existir, beneficiándose especialmente aquellos países que adoptan iniciativas favorables —en el orden político, económico y cultural— a las nuevas modalidades de integración en la escena internacional. En el polo opuesto, se encuentran quienes diabolizan la globalización, considerándola la causante directa de la mayoría o de la totalidad de los problemas que enfrentan sus países o regiones.

La convergencia entre esas visiones antagónicas reside en la eliminación de matices y de situaciones intermedias. Esencialmente benéfica para unos y maléfica para otros, la globalización se convierte en una fatalidad uniforme. Por otra parte, en la medida que en ambas visiones el deterioro del poder de los Estados frente a los grandes intereses económicos internacionales se asume como un fenómeno muy difícil de revertir, las opciones políticas se acotan en dos casilleros extremos. Para unos, sólo cabe la aceptación de una realidad mundial que restringe totalmente las iniciativas autónomas; para otros, la única respuesta es la desconexión internacional total y el repliegue en estrategias autocentradas.

páginas **1** 2 3

[VOLVER AL SUMARIO <](#)

www.revistatodavia.com.ar

No es sorprendente que para las ideologías oficiales de los países que han seguido la vía de la globalización pasiva, es decir, que abrieron totalmente sus economías y sus esferas culturales, sin poner ningún tipo de restricciones a los poderosos actores y factores internacionales —de carácter privado, estatal o supragubernamental— continuar y profundizar la modalidad de inserción internacional ya adoptada sea la única alternativa aceptable. Puede considerarse que los sectores e intereses beneficiados por el modo que presenta la globalización pasiva son lo bastante fuertes ideológicamente como para predominar en los debates políticos. Pero no es menos cierto que las inercias que operan favoreciendo el mantenimiento de los estilos de inserción mundial, son elementos que pesan a la hora de optar, y llevan a no intentar modificaciones.

En el caso de los países que han alcanzado un mayor nivel de desarrollo económico, el proceso de globalización activo produce también efectos contradictorios, pero los positivos compensan los negativos. La posición activa en la estructura del mundo globalizado les permite a dichos países recoger los beneficios que provienen de la acción de sus empresas con implantación mundial, mejorar sus exportaciones y adoptar mecanismos proteccionistas para impedir la entrada de importaciones en ciertos rubros y, además, emplear la influencia directa de los aparatos estatales para obtener ventajas, usando las presiones de la política internacional. Las relaciones que los actores privados más dinámicos internacionalmente de Europa y de Estados Unidos, mantienen con sus respectivas sociedades, no son de plena armonía y acuerdo. La propensión a invertir en el exterior o a declarar ganancias en los “paraísos fiscales” es una cuestión conflictiva, y los más perjudicados —ya sean asalariados, empresas o sistemas tributarios estatales— suelen expresar protestas y objeciones ante esos aspectos de la globalización. De todos modos, y para evocar un ejemplo más que ilustrativo, es evidente que las transferencias de riqueza a los países centrales crean condiciones que favorecen a la mayoría de la población residente en los mismos, si bien esto no significa que exista una distribución homogénea de esos beneficios.

Estados debilitados

Todos los países que participan de los procesos de globalización han visto cómo se deterioraron las capacidades de intervención de sus Estados en distintos dominios de la vida económica, social y cultural. La existencia de los mercados libres globales en lo económico y financiero, el retroceso de las antiguas legislaciones sociales de carácter universalista y la difusión de nuevas tecnologías para la comunicación cultural, redujeron el protagonismo administrativo y de control que ejercían anteriormente los aparatos estatales. En particular, los países que adoptaron las formas de globalización pasiva desmontaron buena parte de sus mecanismos de intervención estatal, buscando ofrecer mejores condiciones a los eventuales inversores extranjeros. Así, los Estados se hicieron más débiles y, simultáneamente, aparecieron o se consolidaron actores privados más fuertes. También, la necesidad de nuevas inversiones extranjeras o el deseo de retener las existentes, condujo a los gobiernos a suprimir legislaciones laborales que, supuestamente, entorpecían la competitividad de sus producciones reales o esperadas.

El mapa social que quedó trazado por la articulación de los elementos mencionados y de otros cuyos efectos operaron en el mismo sentido, tuvo entre sus rasgos principales el aumento de los sectores socialmente marginados. En general, los gobiernos que impulsan, siguen o aceptan la vía pasiva de globalización, basan sus estrategias principales en ofrecer a los inversores nacionales o internacionales un mínimo de regulaciones estatales junto con condiciones extremadamente favorables de contratación de asalariados. Los previsibles déficits fiscales de esos Estados debilitados, en general se han resuelto acudiendo a los capitales financieros internacionales con el consecuente incremento de las deudas externas, profundizando así el proceso de globalización pasiva.

Para internacionalizar sus producciones culturales, científicas y tecnológicas, las naciones que ocupan posiciones activas en los procesos de globalización encuentran situaciones propicias en los países más rezagados. En estos últimos, los problemas económicos y sus formas de inserción subordinada suelen redundar en la imposibilidad de acceder a lo que se denomina la “sociedad de conocimiento”.

En un mundo en el que la ciencia y la tecnología asumen el carácter de recursos estratégicos para mejorar las situaciones de los países, quienes no disponen de ellos entran en un círculo vicioso que los lleva a encontrarse cada vez más desaventajados. Los indicadores que mejor reflejan estas carencias son los bajos presupuestos públicos en educación y en desarrollo científico y tecnológico. Es interesante señalar que, a pesar de las condiciones adversas, esos países registran flujos migratorios de científicos que encuentran en los países más desarrollados la posibilidad de ejercer sus vocaciones y sus talentos.

Probablemente, uno de los tantos efectos que surgen de ese círculo vicioso en el que quedan atrapados los países con procesos de globalización pasiva se expresa en las maneras economicistas de pensar de sus élites dirigentes, que se enfrascan en dilemas permanentes en torno a cómo hacer ahorros en los presupuestos públicos y creen que las inversiones en desarrollo cultural, científico y tecnológico son lujos que sólo pueden permitirse las naciones ricas. Así, las carencias en materia de desarrollo de conocimientos se reflejan en todas las instancias de la vida social, tanto en los poderes públicos como en las empresas privadas.

Una lógica compleja

Ahora bien, de lo hasta aquí expuesto puede naturalmente surgir la pregunta sobre las diferencias entre los problemas del desarrollo/subdesarrollo tal como se presentaron en la etapa anterior del sistema mundial, y aquellos que son propios de las dos vías de globalización recién esbozadas. Si, como decía al principio, la internacionalización y las asimetrías entre regiones no son una novedad de la época actual, eso no debe llevar a ignorar los rasgos característicos de cada una de las etapas. En el período en que los países se diferenciaban en desarrollados y subdesarrollados, el atraso y las desventajas de estos últimos, se reconocían en todos y en cada uno de los elementos que los integraban. Para dar un ejemplo próximo, las empresas multinacionales que se instalaron en la Argentina durante el auge de esa modalidad de inversión (1950-70), al operar en un contexto de insuficiente nivel de desarrollo y protegido por la economía cerrada, maximizaron sus ganancias sin mayores preocupaciones por las innovaciones tecnológicas (los casos extremos fueron las firmas que fabricaron los mismos modelos de automóviles durante más de una década). Dicho esto de manera más abstracta, la lógica de la dicotomía desarrollo/subdesarrollo suponía una situación de aislamiento con respecto a la economía mundial, que se reflejaba en una tendencia a nivelar hacia abajo a los agentes que en principio aparecían como portadores de modernización. Con la globalización se rompe esa dinámica. La globalización no es, pues, una vuelta de tuerca más de una realidad idéntica a la de la etapa anterior.

Los países que participan de los procesos contemporáneos de globalización registran diferenciaciones internas que atraviesan prácticamente todas las esferas de su vida social. Si bien la inserción pasiva en el sistema globalizado presenta las características generales que hemos visto, su lógica de desenvolvimiento no se asemeja a un estuche férreo que impone los mismos límites a todos los actores. Bajo el predominio de las condiciones de globalización pasiva, nada impide que se expandan activamente en el nuevo contexto internacional los actores que deciden utilizar los mecanismos que la época pone a su alcance. La globalización de los discursos y las acciones de las ONGs dedicadas a la defensa de los derechos humanos son, sin duda, los más conocidos. Lo mismo han hecho otro tipo de entidades no gubernamentales. Parece interesante resaltar que hasta los movimientos de protesta contra la globalización han hallado en las nuevas conexiones internacionales la base para amplificar su palabra y su acción. Y las comunidades científicas de todo tipo de países se han fortalecido con el achicamiento de las distancias que producen las nuevas tecnologías de comunicación.

La globalización activa de las empresas más dinámicas de los países que adoptaron predominantemente la vía pasiva es, quizás, el fenómeno que mejor sirve para ilustrar las diferencias con el sistema desarrollo/subdesarrollo de la etapa anterior. Probablemente, la mayor parte de las empresas de los países de inserción pasiva, en el proceso actual, han optado por recoger los beneficios y las ventajas inmediatas de la disminución de las antiguas protecciones laborales. Sin embargo, el hecho de que no todas las empresas y los actores sociales adopten esa estrategia, muestra la complejidad de un problema por ahora muy poco estudiado. Tal como ocurre con la mayoría de los fenómenos sociales, también el de la globalización pasiva es un juego con muchas posibilidades para quienes participan de él. Sus efectos negativos se encuentran hoy en el centro de las dificultades de muchos países y, no obstante, los debates sobre las alternativas para tratar de resolverlos ocupan un lugar bastante secundario.



Objeto en vidrio
GUILLERMO PATIÑO

La biotecnología: ¿una caja de Pandora?

por NORA BÄR
Periodista científica

Es la zona más caliente de la ciencia. Allí confluyen investigadores talentosos y empresarios adictos a la adrenalina y a los negocios de riesgo. La Argentina podría estar en posición de disputar un puesto avanzado en esta industria cuyo ingrediente fundamental es, básicamente, materia gris. Pero no se decide.

La mañana en que James Watson y Francis Crick enviaron a *Nature* el artículo en el que describían la estructura molecular del ácido desoxirribonucleico —el compuesto químico que hoy conocemos por la sigla ADN o, en inglés, DNA— no deben haber vislumbrado que, apenas cinco décadas más tarde, su descubrimiento cambiaría las vidas de buena parte de los habitantes del mundo. Tampoco, que una nueva área de la ciencia surgida de la confluencia de la genética, la bioquímica y la biología molecular, habría puesto en manos de los científicos el poder de modificar las especies, hacer copias idénticas de animales adultos, fabricar biomateriales y hasta entrever la posibilidad de curación de enfermedades manipulando genes.

En ese medio siglo, mucha agua pasó bajo los puentes: como nunca antes, la ciencia se fundió con la empresa y las imágenes de un cuerno de la abundancia alternaron en la imaginación popular con pesadillas que parecen surgidas de una serie de terror clase B.

Desde 1972, año en que se formó Genentech, la primera compañía biotecnológica en el campus de la Universidad de California, cientos de empresas se lanzaron a las aguas turbulentas de esta nueva manera de pensar la ciencia, y la mayoría de los laboratorios farmacéuticos se reconvirtieron para transformar en dinero la alquimia de los genes.

Sin duda, por la diversidad de frentes en los que se disputa y por los intereses en juego, la carrera biotecnológica adquiere por momentos un frenesí digno de la Fórmula 1. (Basta con pensar en Dolly, la primera oveja clonada fusionando una célula adulta con un óvulo. ¡Nació hace sólo cuatro años y hoy ya parece una antigüedad!). Cuando, en febrero de 2001, dos grupos rivales, un consorcio público y la empresa Celera Genomics, anunciaron haber descifrado el genoma humano —es decir, el conjunto de instrucciones, codificadas en los genes, que gobierna la producción de proteínas y, de ese modo, en gran medida determina desde el color de pelo hasta la mutación de una célula cancerosa— el entusiasmo por las fabulosas posibilidades de la biotecnología alcanzó niveles apoteóticos. Como pocas veces, la fabulosa maquinaria de la ciencia y el brillo del conocimiento se mostraron en toda su imponente potencia.

Una idea sencilla

Como suele suceder, los complejos andamiajes de la nueva disciplina surgieron, en realidad, de una idea sencilla. Todos los organismos vivos estamos compuestos por células; ellas son las verdaderas protagonistas de los diferentes capítulos de la telenovela de la vida de acuerdo con las indicaciones del director, el ADN, es decir, los genes. Estos últimos están formados por la repetición de cuatro variedades de bloques químicos, las bases: A, G, C y T, que se unen en largas cadenas y almacenan información según el orden en que se suceden. La metáfora lingüística lo ilustra a la perfección: en genética, la secuencia AGCT significa una cosa, pero la secuencia TCGA significa otra muy distinta, igual a como ocurre con los vocablos RAMA y AMAR.

Desde este punto de vista, somos finalmente construcciones de ADN. Allí donde el genoma del chimpancé dice G, el del ratón puede decir T y el del ser humano A. Las diferencias en el ADN son las que hacen que las células de mi páncreas produzcan insulina y las de las hojas del paraíso de la esquina, clorofila.

Con la clave maestra en sus manos, a principios de los años setenta, los científicos desarrollaron técnicas para aislar y purificar genes: gracias al clonado molecular lograron obtener genes puros y, utilizando enzimas a modo de tijeras biológicas, comenzaron a cortarlos e insertarlos en otras células. Nació la ingeniería genética. ¡Eureka!

En busca de una quimera

Muy pronto, los científicos comprendieron que poseían un poder inédito. Por ejemplo, insertando genes humanos en bacterias, podían transformarlas en verdaderas usinas de hormonas en el laboratorio. También manipulando genes, podían hacer que ciertas plantas produjeran herbicidas que las protegieran de sus plagas, que las vacas segregaran leche maternizada o que el tejido cardíaco formara nuevos vasos sanguíneos.

En el límite entre la fantasía y la realidad, la lista de posibilidades parece infinita.

Una vez purificado el gen de interés, la principal dificultad consiste en contar con un vehículo adecuado: virus, liposomas, plásmidos. Ciertos experimentos, por ejemplo, permiten modificar la información de un organismo entero. Si un gen se introduce en el núcleo de un óvulo de ratón, se inserta al azar en los cromosomas y poseerá una o más copias del gen foráneo en todas sus células. Ya se han producido así peces, conejos, cabras, ovejas, cerdos, vacas y monos transgénicos.

Sin embargo, todavía queda mucho por delante. Los científicos no siempre logran que los genes se expresen, o que se expresen como ellos desean. Algunas estrategias fracasaron, y otras, como la clonación humana, son demasiado inquietantes para intentarlas. Por otro lado, aunque la manipulación de genes resulta una idea atractiva para las mentes más audaces, también es capaz de sembrar el escándalo y de suscitar en la sociedad temores comparables a los que inspira la mitológica caja de Pandora.

¿Y por casa cómo andamos?

Aunque en el mundo la apuesta tecnológica sigue redoblándose, las iniciativas locales son tímidas. En el país, según informaciones del Foro Argentino de Biotecnología, hay 30 empresas biotecnológicas; entre ellas, 7 del sector farmacéutico, 6 del agro, 4 del área de reactivos y 4 del sector químico. En el sector académico, la situación no es alentadora. A pesar de contar con una importante tradición en ciencias biomédicas (con tres premios Nobel) y de disponer de un grupo de científicos talentosos que podría competir en buena ley en el escenario internacional, todo indica que estamos mirando el partido desde fuera de la cancha. “El proyecto Genoma Humano pasó de costado por la ciencia argentina. También pasaron de lado los proyectos satélites de secuenciamiento de otros genomas no menos importantes, como el de la mosca de la fruta, el del ratón, la levadura de cerveza. (...) No solamente ha faltado un proyecto estratégico de inversión en ciertas áreas donde tenemos recursos universitarios altamente competitivos, como la biología y la biotecnología, sino que ha habido una progresiva desinversión en ciencia que continúa llevando al éxodo y la desesperanza de los jóvenes”, se enoja Alberto Kornblitt, investigador principal del Conicet en el Laboratorio de Fisiología y Biología Molecular de la Facultad de Ciencias Exactas, en un número especial de la revista *Encrucijadas*, de la UBA, dedicado al tema.

Para Marcelo Criscuolo, director científico de Biosidus, tal vez la más innovadora de las empresas del sector –entre otras cosas porque no duda en trazar acuerdos con la Academia para impulsar la investigación local–, la pérdida de oportunidades es lamentable: “La biotecnología es una ciencia joven, en la que no nos llevaban tanta delantera, y en la que la principal inversión es la materia gris.”

Para Daniel Goldstein, médico y docente que también escribe en la revista de la UBA, los desafíos educativos y científicos de esta era que denomina posgenómica son de una magnitud sin precedentes: “El futuro biotecnológico del reducido núcleo de países donde se realizaron los proyectos genómicos, y se inventa y se desarrolla la biotecnología competitiva que genera revoluciones farmacológicas y explosiones bursátiles, difiere considerablemente del futuro de países como el nuestro. (...) En el estado actual de nuestra medicina y de nuestra ciencia, la participación argentina en la biotecnología es un simple ejercicio literario. Cualquier resultado de interés tecnológico formará parte del telón de fondo amorfo donde se inscriben las novedades patentables por otros. El único futuro biotecnológico compatible con nuestra realidad es el de seguir siendo compradores pasivos de ideas, instrumentos y productos inventados y desarrollados en el exterior (...) En la medida en que los países subdesarrollados continúen proponiendo y aceptando estrategias de desarrollo biotecnológico basadas en el ofrecimiento de mano de obra barata para realizar ensamblajes de conceptos y objetos inventados y desarrollados sin nuestra participación intelectual, el futuro no parece muy prometedor”.

Si es cierto que, como se anticipa, gran parte de los alimentos, fibras, biomateriales y medicamentos del futuro se obtendrán a partir de plantas y animales genéticamente modificados, tal vez sea hora de que dejemos a un lado la idea de que el desarrollo científico es un lujo. Tal vez sea hora de aceptar el desafío.

Pesca del viento. Serie de Armação, es el título de una serie de objetos y collages de Adolfo Nigro. Estas obras inspiradas en su viaje por tierras brasileñas constituyen, por un lado, un punto culminante en el trabajo que este destacado artista plástico desarrolla a partir de materiales desechados, arrojados al olvido, y por otro, todo un homenaje a la tradición del arte latinoamericano.



América do Sul, do sol, do sal: el sueño de Armação

por GUILLERMO PIRO

Escritor y periodista

Nigro no acepta regalos. O mejor dicho, el regalo es aceptado con la grandilocuencia efusiva de quien, agradecido, sabe demostrar cuán feliz lo han hecho, pero el regalo en cuestión jamás llegará al sitio para el que estuvo destinado. Me refiero a los pequeños objetos encontrados, los corchos, los trozos de madera pulidos por el tiempo y el agua, las pequeñas piedras agujereadas, erosionadas por el viento y la arena.

En una época yo buscaba objetos para Nigro. En una época vivía pensando en el destino de las cosas, en lo que está escrito en el desecho. Recolectaba basura para él, cosas sin importancia, pero cosas en las que, de algún modo, yo conseguía “ver” un destino nigriano. El problema es que la sola visión de ese destino implicaba una obra posible y, por lo tanto, muy probablemente mi regalo iba acompañado de un proyecto de obra, que Nigro escuchaba con atención, para saber, creo ahora, exactamente lo que no debía hacer. Porque pareciera que el sólo hecho de que un proyecto estuviera en mi cabeza, como pasa con los sueños, hacía mía esa obra. Y a Nigro no le gusta la intromisión, no le gusta deberle cosas a quien lisa y llanamente no admira con la vocación de los que adoran alimentar una deuda de amor. El objeto en sí podía atraerle, porque tiene ojos para ver y un corazón que siente, pero en tanto el objeto corría de la mano de un proyecto, quedaba descartado desde el vamos. Los objetos tenía que encontrarlos él o no existían.

Los objetos de la *Serie de Armação* deben haber sido hallados así. ¿Cuál es entonces la condición para terminar siendo un objeto nigriano? No tanto “ser” sino ser pasibles de “formar parte” del mundo nigriano. ¿Y cómo es ese mundo? Es complejo, abierto, solidario y solitario, lleno de cosas para amar y de cosas para odiar, lleno de ruidos y olores y de todas esas cosas que uno automáticamente asocia al espíritu de la poesía. Piénsese en todo el peligroso repertorio de metáforas acerca de la poesía y se estará circulando por el no menos peligroso repertorio de las metáforas asignadas a la obra de Nigro.

Lo cierto es que nosotros no disfrutamos de lo informe y el artista sí. Disfruta del proyecto en el que acabará catapultado lo informe. El artista más valioso es aquel que con mayor libertad es capaz de poner “sus” cosas, arrancándolas de sus conexiones sólidas y falsas. El objeto, una vez que ha alcanzado el grado de artístico, vuelve a su remota condición de objeto. Una vez que ha ganado, cuando ha ganado, ha perdido. Lo que ha perdido es su calidad de basura. Lo “artístico”, a partir de ahora, ha pasado a ser lo aceptado, lo que ha alcanzado la condición de ser enmarcado, fotografiado, comprado o vendido. Exhibido. Se habla de él. Antes no era nada, era un objeto entre otros muchos: un arma. Luego, es otra cosa, algo en plena transformación, algo que está mutando, algo vivo. Más tarde es obra de arte: objeto otra vez.

Sólo Nigro percibe plenamente el paso de un estado a otro. Lo que nos deja es el resultado de un proceso perdido, un paraíso. Cada trozo de cartón, cada matraca, tiene un origen, y en él no entra nadie más que Nigro. No basta con ser, hay que haber estado allí. ¿Y qué significa estar allí?. Bueno, justamente, ser, pero ser de un modo, con una carga, que vuelve a esos objetos artilugios de su propia biografía, de su propio hallazgo.

El pescador
1995
collage, 45x22 cm



Imaginemos al artista visto a través de unos prismáticos. Camina con la vista clavada en el suelo. No importa dónde mire, qué haga, qué busque, a dónde vaya, parte de su atención está dirigida a lo que duerme a los costados, desechado, arrojado al olvido. Busca sin descanso. Siempre solo. Camina, y de pronto se detiene. Ahí surge algo. Ha visto, apenas dejado por el mar en la playa, un trozo de madera rota. Hay un cierto respeto, o mejor, una cierta deferencia, un cierto aprecio, una cierta cortesía en su manera de agacharse a recogerlo. O tal vez es más: un homenaje, una veneración, una obediencia. Eso es, con el trozo de madera rota en las manos lo que se vislumbra es un sometimiento a su voluntad. Busca, no la ubicación futura de ese objeto en la obra, sino la explicación de ese amor repentino, de esa condescendencia. Lo levanta. Mira. Lo guarda en una bolsa. Después lo volverá a ver. Lo que ahora debe hacer es explicarse qué causó ese amor. De la mano de esa explicación vendrá sin duda el entorno.

¿Y ahora? ¿Qué hace? Espera en la orilla la llegada de los barcos de los pescadores. Apenas atracan se lanza a ver el cuadro vivo, la naturaleza muerta de los peces sobre los que se mueven las botas negras de los pescadores de Armação. Es una visión del más allá de la vida, total, brutal. Una visión del interior de la vida. Y todo deja su huella, sus marcas en la memoria. Alguna vez, algún día, o tal vez mañana mismo, en Armação, volverán a cobrar vida. Después de todo, ¿no se trata de eso, de hacer que todo vuelva a latir, de asignarle a todo un nuevo lugar, un nuevo instante, una nueva oportunidad?

Nada escapa a sus propósitos. Todos los objetos están destinados a formar parte de esa ronda. Si no es hoy será mañana. Ya verán. Hagamos un catálogo y encontraremos que la procedencia es tan variada que tanto el mundo metalúrgico como el gastronómico tienen su lugar en el mundo de Nigro. Entra todo. El ámbito mágico entrelazado en un marco histórico, el referente marino incrustado en un entorno aéreo. Nunca vi trozos de hilo más fotogénicos, madera terciada más elocuente, corchos de botella más expresivos, reglas de carpintero más coloridas. Lo que ocurre es que los objetos en sí cargan consigo un dramatismo que Nigro elude. Nigro desdramatiza, esto es, vacía a los objetos de su propio drama, y al incluirlos en un entorno desconocido, que no les estaba destinado, al vaciarlos de sentido llamando a las cosas por otro nombre, pone todo patas para arriba. La poesía está donde parece no estar, y siempre está en un lugar distinto del que se sospecha. Vive de modo extraño en la casa del tiempo, debajo de las escaleras, junto a las bolsas de basura, en las costas de Armação. Allí donde todo el mundo pasa de largo y nadie repara en ella.

Armação es un sembrado de polvo y tierra fértil para el hallazgo, algo así como el paraíso de los recolectores, la tierra yerma donde poder tenderse como lagartos al cielo estrellado de la noche del arte. "América do Sul, América do Sol, América do Sal", en ese homenaje a Oswald de Andrade cuaja todo un manifiesto, la puesta a punto de la consigna, su actualización. Todo eso sí, pero también el único barrilete que sobrevivió al desgaste de las olas, el que ofició de soporte, bailando en el aire inmóvil, para observar la noche de Armação, un cielo poblado de ojos rojos.

Ungido de Brasil como de una arena purificadora, Nigro no hace más que retratar sus instantes. Es un artista, un servidor de la pesquisa. Armação es el soporte donde acaban plasmados todos los tópicos: un concentrado de Brasil, o mejor, un concentrado de aquello que el artista quiere transformar en tópicos de Brasil, su antología personal de cosas amadas, su galería de personajes ilustres. Su canon.

Ya no hago regalos a Nigro. Tiro todo a la basura, dejo todo donde está. Nada me está destinado. Con los objetos no sé hacer otra cosa que describirlos, a lo sumo regalarlos. Dejo que sigan viviendo su muerte, esperando que el camino de Nigro se cruce con el de ellos. Él plasma el sueño de las cosas. Igual que nosotros, ellas también sueñan con otro mundo posible. Sólo que el de ellas es verdaderamente mejor que el nuestro. La *Serie de Armação*, por ejemplo. Allí está el sueño de Armação, ni más ni menos. Pintan, dibujan, esculpan Armação, y no harán más que representar al Armação que ustedes llevan dentro. Cumplan el sueño de Armação, y lo que estarán haciendo es un objeto de Nigro.



La red
1993
objeto, 62x12 cm

Barrilete. Homenaje a Oswald de Andrade
1995
objeto, 68x46 cm



fotografías
ANA SOFIA QUINTANA

Las primeras murgas uruguayas, formadas por obreros y empleados que recorrían los tablados en camiones, fueron las tempranas expresiones de una música popular que ha ido evolucionando carnaval tras carnaval. De aquellos años a esta parte algo digno de contar ocurrió: la influencia del sonido charrúa en los músicos argentinos.

La marcha camión cruzó el charco

por AQUILES FABREGAT

Periodista

Uruguay no tiene música autóctona, ya que los charrúas fueron aniquilados y no dejaron ningún legado. El acervo popular se nutrió con cielitos –la música de protesta de principios del siglo XIX–, chamarritas, vidalitas, y ritmos de origen portugués bajados del sur del Brasil, como la maxixa y el xote. Sin embargo, hoy el pequeño país tiene una música absolutamente identificatoria, dividida en dos corrientes: la blanca (la murga) y la negra (el candombe).

Con respecto al candombe, vale acotar que los toques orientales son diferentes de otros ritmos negros latinoamericanos. Su forma definitiva se fue moldeando desde la época colonial y hoy suena a Uruguay en cualquier parte. El exitoso tema "Vos sabés", de Los Fabulosos Cadillac, está inspirado en lo que los vecinos llaman "candombe liso", y el final del videoclip, cuando Vicentico y sus muchachos se tocan el tambor en las barrigas, es tan uruguayo como el mate.

Se acepta, aunque no está comprobado, que la primera murga uruguaya, de principios del siglo XX, estaba formada por inmigrantes españoles y se llamaba "La Gaditana que se va". De allí hasta la década del sesenta, la murga fue evolucionando carnaval tras carnaval, con agrupaciones formadas por obreros y empleados que recorrían los tablados en camiones, con las caras pintadas y disfraces diversos. El toque típico de la batería murguera –redoblante, bombo y platillo– se llama "Marcha camión", porque es justamente el que se hacía oír durante el traslado de un barrio a otro. De a poco se fue reafirmando la formación clásica de una murga: entre 18 y 22 integrantes, con sus voces divididas por registro en "primos", "sobreprimos", "segundos" y "tercia". Y fueron surgiendo nombres míticos como Asaltantes con patente, Patos cabreros, Los diablos verdes, La milonga nacional, Curtidores de hongos, Los saltimbanquis y Araca la cana, la decana de las murgas orientales en actividad, integrada antaño por canillitas y llamada originalmente La bruta.

A partir de los años sesenta, se produce un vuelco fundamental. La aparición del fascismo, el autoritarismo y, por último, la dictadura, en un país tradicionalmente democrático, pone en las voces del canto popular la responsabilidad de la rebeldía. Entonces, la murga se transforma en un arma política, que representa la expresión de la gente aún en el período de más férrea censura, es decir, entre 1975 y 1982. Araca la cana, La reina de la teja y la recién nacida Falta y resto, son las abanderadas –aunque no las únicas– de ese movimiento.

A principios de los años ochenta, Buenos Aires inicia contactos con ese fenómeno cultural que cobraría un impulso arrasador. Algunas de las agrupaciones más exitosas del período, como Falta y resto, cruzan el Río de la Plata y actúan en diversos escenarios argentinos. Cabe comentar que el teatro La Trastienda fue aquí pionero y tuvo la visión de lo que podía suceder con esas agrupaciones; no en vano, fue también el primero en "importar" a Jaime Roos, cuando era todavía un ilustre desconocido.

A medida que las presentaciones murgueras que venían del otro lado del río se hacían más frecuentes, el sonido uruguayo fue logrando algo que no había pasado en todo el siglo: influir sobre músicos argentinos. La fama ganada por Jaime Roos tuvo que ver con esto, ya que gran parte de su repertorio –"Adiós juventud", "Colombina", "Brindis por Pierrot", etc.– es puramente murguero.

Hay otro gran autor uruguayo cuyo nombre no dice mucho a los argentinos, pero cuyo tema "Al fondo de la red" tuvo el honor de ser descubierto y grabado ya hace algún tiempo por Gustavo Cordera y la Bersuit Vergarabat. Se llama Mauricio Ubal y fue el fundador de Contrafarsa, una murga que ganó el primer premio municipal con su debut en el carnaval montevideano, y que últimamente se ha estado presentando en la Argentina.

Cualquier uruguayo con sensibilidad popular que haya visto por televisión el recital de Bersuit Vergarabat donde se incluye el tema "Qué pasó", sabe que, efectivamente, algo pasó. Allí no sólo está el sonido charrúa: está su manera de cantar, su forma de moverse, su espíritu, su alma; hay una simbiosis total de la música callejera de dos buenos países vecinos.

En *Hijos del culo*, el último trabajo de la banda de Cordera, está la confirmación de ese feliz cruce de charco para la integración. "Negra murguera" puede ser perfectamente algo concebido en la ex Suiza de América. Y en el tema "Es importante", confluyen las dos corrientes identificatorias charrúas: el candombe al estilo Barrio Sur y, enseguida, la murga oriental con todo su poder de comunicación. No hay diferencias entre Falta y resto y la Bersuit Vergarabat en cuanto al estilo de canto y de toque, y eso es lo que importa.

No se sabe cuál será el futuro de esta fusión. Pero, sin dudas, se trata de algo muy provechoso para la cultura de las dos orillas.

El viaje a Sudamérica

En 1899, H. G. Olds tomó ciento setenta y seis fotografías durante su viaje de Nueva York a Buenos Aires en el “Buffon” y de Montevideo a Valparaíso en el “Orcana”. La mayoría se ha conservado en copias de 9 x 12 cm con un índice manuscrito numerado. Hizo fotografías en cada puerto de escala: Pernambuco, Bahía, Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Valparaíso y en el estrecho de Magallanes. El fotógrafo aparece en varias. Los epígrafes son anotaciones originales del propio Olds. Las imágenes seleccionadas resumen un relato que hasta donde sabemos registra muy pocos antecedentes. Este material pertenece al libro H.G. Olds, fotografías 1900-1943, publicado por Fundación Antorchas bajo la dirección de Luis Priamo.



La partida
Estatua de la Libertad,
puerto de Nueva York.



La travesía
Pasajeros a bordo
del Buffon.

Olds en el medio del
grupo, sentado, con
saco blanco y gorra.



Bahía
Mercado de frutas y verduras. Calle de seis pies de ancho.



Pernambuco
Carro tirado por un buey y aguateros. Al fondo, pared azulejada.



Valparaíso
*Tranvía número 30.
Olds en el pescante.*

Partir sin partir del todo

por MARTÍN KOHAN

Escritor y crítico literario

El cruce al Uruguay ha sido un tema recurrente en la literatura argentina. Núcleo de ficciones que tratan sobre fugas y utopías, ese cruce se muestra en algunos textos como contraste y en otros como continuidad. Cinco novelas recientes retoman la promesa de pasar a la otra orilla, siempre oscilante entre lo extraño y lo familiar.



pintura
ROMULO MACCIO

Costanera
acrílico s/tela, 1993
246 x 310 cm.

(Cortesía Galería MAMAN)

La primera novela de la literatura argentina comienza contando un intento de cruzar al Uruguay. En efecto, así empieza *Amalia* (1851), de José Mármol, con el relato de una emboscada que los federales le tienden a un grupo de unitarios que estaban queriendo pasarse a Montevideo. Montevideo representaba, de acuerdo con el propio Mármol, un “contraste vivo y palpitante de la ciudad de Buenos Aires, en su libertad y en su progreso”. Era, como se sabe, el lugar privilegiado de la emigración anti-rosista, la posibilidad de ponerse a salvo a la distancia, una especie de utopía –así se la ve en *Amalia*– de la libertad que Rosas volvía imposible de este lado del Río de la Plata.

El cruce al Uruguay se encuentra, entonces, en el origen de la novela argentina –y ya desde sus primeras páginas– cruzar el río implica tomar distancia y encontrar un contraste. Pero no es tanta la distancia ni es tanto el contraste, y esto da la clave de la peculiaridad de la emigración al Uruguay. Se trata de un exilio, sin dudas; pero de un exilio próximo, se trata de un peculiar *exilio en las inmediaciones*.

Porque la distancia es suficiente para quedar más allá del alcance de la represión de Rosas, pero no tanta como para que no se pueda seguir activando directamente en contra de él. Y el contraste es tan intenso como lo indica la cita de Mármol, pero no tanto como para que los emigrados lleguen a sentirse en un lugar que les resulta verdaderamente ajeno o extraño. Así, el Uruguay constituye un punto irrepetible, hecho a la vez de lejanía y de proximidad, de cercanía y de distancia, un lugar de contraste pero a la vez de continuidad. Pasarse al Uruguay implica cruzar las fronteras de un mapa político; pero puede decirse que, en lo esencial, no hay tal cruce de fronteras, si se toman las coordenadas virtuales de un mapa cultural.

Remoto pero próximo, distinto pero semejante, utopía de los emigrados que se van sin irse del todo: el cruce al Uruguay parece tener, de por sí, algo de las fábulas literarias, y tal vez por eso no es extraño que nuestra primera novela gire en torno de él. Ni es extraño tampoco, por las mismas razones, que otras novelas de la literatura argentina hayan vuelto al tema, narrando otras variantes de ese lugar en el que extraordinariamente coinciden la extrañeza y la familiaridad, de ese cruce incomparable en el que irse significa empezar a regresar.

A principios de la década de los noventa, por ejemplo, aparecieron tres novelas que tematizan un cruce al Uruguay. Son *El aire* de Sergio Chejfec (1992), *El Dock* de Matilde Sánchez (1993) y *Boomerang* de Elvio Gandolfo (1993).

Chejfec narra, en principio, una especie de drama doméstico: a Barroso lo abandona Benavente, su mujer. Ella le hace llegar una nota en la que le dice que se ha ido a Carmelo, y le pide que no la siga. Barroso piensa desobedecer esta indicación para ir detrás de la mujer, pero no se decide a emprender el viaje. *El aire* es, de alguna manera, el relato de esa indecisión.

Y es también, por lo tanto, a través de ese personaje al que algo inexplicable retiene en esta orilla, un relato sobre el cruce al Uruguay como un paso muy simple de dar y al mismo tiempo como un imposible absoluto. Barroso llega incluso a subirse a una lancha en el Tigre que lo llevará al otro lado, pero la abandona en el último instante, cuando ya zarpara. Se queda en “el borde argentino”: el Uruguay está bien cerca, pero a él le resulta muy otra cosa. Podría dar alcance a Benavente, su mujer, pero al mismo tiempo la tiene tan lejos como si ella se hubiera ido al otro lado del mundo, y no al otro lado del río.

La novela de Matilde Sánchez tiene, como la de Chejfec, una impronta personal y familiar que corresponde al orden de los afectos; pero tiene, además, una marca política que remite, de manera casi explícita, a la toma del cuartel de La Tablada en enero de 1989. *El Dock* cuenta precisamente eso: una recomposición de vínculos afectivos y familiares después de ese hecho de violencia política -o frente a ese hecho de violencia política. Se vuelve necesario tomar distancia de lo que pasó. Y esa toma de distancia se consigue con un cruce al Uruguay. Los personajes viajan a Solís, después de pasar por Montevideo; y se alejan literalmente de la muerte y la destrucción. No se trata, en este caso, de un exilio político, sino más bien de un exilio de lo político. El cruce al Uruguay no asume aquí, como en el momento fundacional de *Amalia*, un carácter tan sólo político: no es un cruce desde la represión política hacia la libertad política.

Pero tampoco es, como en *El aire*, un cruce doméstico, una separación conyugal que se dispone en este espacio y se ve expresada por él. Ni cruce político ni cruce doméstico: en *El Dock*, el cruce al Uruguay es un cruce de lo político a lo doméstico. Por eso el regreso se ve diferido, casi en suspenso (tan en suspenso como la partida de Barroso en procura de su mujer).

En *Boomerang*, en cambio, el regreso aparece casi unido a la partida, según se expresa ya en el título. El cruce del río está relacionado con un delito: un empleado de banco comete un desfalco financiero y, antes de ser descubierto, se va al Uruguay. No puede decirse, sin embargo, que el personaje se ha escapado. Se ha ido, es cierto, del lugar donde produjo la trampa y donde eventualmente podrían atraparlo. Pero el Uruguay no es el punto final de una fuga, sino un punto “intermedio”: “lo que necesitaba era un sitio intermedio desde donde seguir moviéndose en caso necesario (...). Desde allí podía saltar a otro país si confirmaba que lo habían descubierto, o regresar con rapidez si todo quedaba en nada”. Eso es Uruguay: un lugar a donde irse sin por eso haber partido del todo, un grado intermedio entre lo que es propio y lo que no lo es. El personaje de Gandolfo ha comenzado a escapar, desde el momento en que se ha ido de Buenos Aires; pero no termina de escapar mientras se encuentre en Colonia, en Montevideo o en Punta del Este. Ese lugar suspendido, próximo y remoto, es el de la ficción de una fuga también suspendida, detenida en el tiempo, lista a desencadenarse en el salto a otro país como a revertirse en el retorno a Buenos Aires. *Boomerang* cuenta un “entre” (entre quedarse e irse, entre fugarse y regresar, entre zafar y ser descubierto), y el lugar perfecto para ese “entre” es Uruguay.

Hay otra novela argentina de los años noventa que refiere un cruce al Uruguay, y lo hace también a partir de un delito y una fuga: es *Plata quemada* de Ricardo Piglia (1997). El delito no adquiere aquí las formas finalmente sutiles de la estafa informática a un banco. Aquí se trata de un robo a mano armada a un banco, que termina en plena violencia. Piglia conecta esta violencia con la violencia política: la de los asaltantes con la resistencia peronista, la de los pistoleros con los montoneros o los tacuaras. La violencia política no lleva a la historia familiar, sino que se entrelaza con el delito. Los asaltantes dan el golpe y escapan al Uruguay. Pero en Uruguay los encuentran, porque las autoridades policiales argentinas trabajan en colaboración con las autoridades policiales uruguayas. Montevideo ya no es, como lo era para los unitarios de Mármol, un lugar donde escapar de la represión. Tampoco es un lugar para alejarse de la violencia política, como en *El Dock*; ni un sitio intermedio de identidades difusas, como en *Boomerang*. En la novela de Piglia, concebida a fines de los años sesenta, la violencia política no tiene un afuera y los Estados coordinan sus aparatos de represión a escala continental. La promesa de la salvación política, sin el costo de la diferencia cultural, toca su límite: Uruguay es un lugar que la acción policial aplana e iguala. La promesa del anonimato transitorio, de la identidad diluida en un “entre”, también concluye: los Estados coordinan sus dispositivos de identificación. El cruce al Uruguay ya no es posible ni imposible: es indistinto, y por lo tanto inútil, y lleva al fracaso. Las promesas de ese cruce, que estas novelas argentinas han ido contando de diversos modos, quedan en este caso desmentidas. Uruguay ya no representa, como en los otros textos, un lugar de utopía. Y la utopía vuelve a ser lo que estrictamente es: aquello que no tiene lugar.



ilustraciones
IGNACIO CARBONARI

La tercera es la vencida

por SEBASTIÁN SCIGLIANO

Periodista

Las tardes del Centro Cultural Ricardo Rojas esconden una extraña gema: El Programa de Extensión para Adultos mayores de 55 años, una propuesta de formación y capacitación de la que ya participan miles de alumnos, y que promete seguir creciendo. Su secreto: considerar la edad sólo un número sin mucha importancia.

Si alguien decidiera pulsar el clima de época de los últimos diez años en la Ciudad de Buenos Aires, seguramente el Centro Cultural Ricardo Rojas le resultaría un termómetro más que preciso. Juvenilia descremada, arte y vanguardia posmo, tuvieron al moderno edificio de Corrientes y Ayacucho como recurrente centro de convenciones.

Sin embargo, y acaso para confirmar que la contradicción anida en el alma misma de las cosas, una recorrida por el Centro Cultural durante alguna de sus apacibles tardecitas puede deparar más de una sorpresa. Una de ellas es que casi todas las instalaciones de los amplios tres pisos del Rojas, más el "Rojitas" anexo, lejos de nutrirse de las mieles pujantes de la juventud, están ocupadas por nobles damas y caballeros cuyo promedio de edad supera los 60 años y cuya dedicación a la hora de aprender supera la de muchos de sus circunstanciales colegas. Se trata de los casi 4 mil alumnos que tiene el *Programa de Extensión Universitaria para Adultos Mayores de 55 años* que, desde su creación en 1987, no ha parado de crecer. Sociología, Folklore, Expresión corporal, Historia del Arte, Psicología, Computación, todos divididos en varios niveles y destinados a públicos distintos, son algunos de los más de 150 talleres del Programa, que rebosan de pedidos de inscripción.

En buena medida, el éxito de la iniciativa se debe al espíritu que la impulsa, espíritu que comienza a delinearse desde la explicación misma del reciente cambio de nombre, a cargo de su Coordinadora y *alma mater*, la Lic. Silvia Billerbeck: "Cuando nacimos, nos pusimos *Programa para la Tercera Edad* porque necesitábamos que nos identificaran rápidamente con un nombre, pero nunca nos convenció. La frase *tercera edad* está cargada de sentido, vivida de manera peyorativa. Queríamos un nombre que no implicara ese tipo de información que va condicionando las conductas". Demás está decir que nadie se atreve a desmentirla.

Todos amigos

Las mesas del bar del Centro Cultural están completamente ocupadas por grupos de alumnos del *Programa* que, a poco de comenzar uno de los módulos de clase, apuran el café y se preparan para dos horas de intensa labor. Cuentan quienes allí trabajan que la invasión se repite todos los días, en los mismos intervalos, como un ritual que es parte misma de los talleres. Es que, como explica la propia Silvia Billerbeck y algunos de los docentes, el logro del emprendimiento deriva de la calidad de las relaciones humanas que se fomentan.

"Una cosa que nosotros trabajamos en este proyecto es lo que se llama la calidad de la red social. Se dice que la gente vive más y mejor según los vínculos que tiene y la calidad y fuerza con que los establece. Aparte de cuidar los contenidos que se enseñan nos importa generar una red social con cierta intensidad, que les permita a los alumnos construir nuevas relaciones y fortalecer las que ya tienen. Creo que es lo que constituye al *Programa* en un lugar de pertenencia", afirma la coordinadora de los talleres. Quizás éste sea un principio de explicación para el crecimiento sostenido de la propuesta –comenzó con 200 alumnos y ya son casi 4 mil– y **para el bajísimo índice de deserción que se registra**. En el mismo sentido, Andrea Matallana, a cargo de los talleres de Sociología, agrega: "en muchos casos, el paso por aquí redundó en un fortalecimiento de sus relaciones familiares. Pueden discutir un texto con el nieto que está en la universidad o ayudar al que va al secundario. Y este fortalecimiento aparece siempre en las clases y es una de las cosas que más los motiva".

Lo que se cuenta en las oficinas se confirma en las aulas. Frente a la presencia posiblemente intimidatoria del grabador, el grupo que cursa el taller de Psicología con la Lic. Billerbeck –docente también del *Programa*– cuenta que se familiarizó con el aparato a partir de una vez en que Ofelia, una de las conspicuas integrantes, atravesó una larga convalecencia. Sus compañeros grababan todas las clases para llevárselas a la casa. Desde entonces, la práctica se repite, por si alguien más necesita de la colaboración de todos.

Viejos son los trapos

El único elemento diferencial que caracteriza esta iniciativa es la edad de los alumnos. Ni los contenidos de los talleres ni la metodología de trabajo están adaptados especialmente para personas mayores. Silvia Billerbeck aclara: "el acierto del *Programa*, me parece, reside en que hay una necesidad de instituciones que propongan algún tipo de proyecto en el que la gente de esta edad pueda pensar sus distintas alternativas de vida, cuando se supone que ya la tiene hecha. No **hay** demasiados espacios en los que las personas mayores estén contempladas como personas que viven".

Por otra parte, se trata de desterrar los preconceptos que suponen que la edad acarrea la pérdida de capacidades intelectuales o la disminución de la inteligencia. La Lic. Billerbeck continúa: "ha habido un tiempo de subvaloración del conocimiento de las personas mayores. Sin embargo, ha quedado demostrado que si alguien, no importa la edad que tenga, toma conciencia de que tiene ciertas habilidades, puede emplearlas de maneras múltiples, por ejemplo, transmitiéndolas. Muchas organizaciones han notado que si una persona mayor se va sin transmitir su conocimiento acumulado, la organización se reciente en cuanto a su calidad".

Una palabra domina la mayoría de los intercambios entre alumnos y docentes: gracias. Eduardo Pérez, profesor de uno de los talleres de Computación, remarca: "no dejo el *Programa* por nada del mundo. Incluso antes daba clase en secundarios, pero ahora me quedé solamente con esto. Es que el agradecimiento permanente de los alumnos revaloriza tu tarea, y eso no es una cosa que te pase todos los días".

No hay que pulsar mucho la cuerda sensible para que, a borbotones, brote de los alumnos ese sentimiento de gratitud hacia el *Programa* y hacia el lugar que ocupa para ellos. Nelly, otra de las integrantes del grupo de Psicología y una histórica alumna, con más de diez años en los talleres, concluye: "a muchos de nosotros esto nos cambió la vida, nos hizo fortalecer nuestras relaciones con la familia y conocer gente nueva con la que armamos otros grupos de pertenencia. Yo, personalmente, siento que cuanto más tiempo paso acá, más lejos estoy de la muerte".

Qué es "El Rojas"

El Centro Cultural Ricardo Rojas, inaugurado en septiembre de 1984, es una institución dependiente de la Secretaría de Extensión Universitaria de la Universidad de Buenos Aires. Sus actividades se encuentran orientadas, por un lado, a la producción de eventos artísticos en general, y por el otro al desarrollo de cursos, seminarios y talleres, cuyos contenidos cubren distintas disciplinas.

En busca de un rumbo posible para el cine latinoamericano

por GUSTAVO NORIEGA

Crítico cinematográfico y director de la revista *El Amante*.

Parece difícil seguir sosteniendo que entre el “cine comercial” y el “cine de arte” existe una frontera imposible de cruzar. Sin embargo, no puede negarse la presencia de dos circuitos de distribución que, en buena medida, condicionan que un film sea un éxito o pase por las salas sin pena ni gloria. En este contexto, al cine latinoamericano le toca ocupar un lugar problemático.



Estación Central
Dir.: Walter Salles

este cronista asistió a una exhibición de *Sátántango* y no sólo certifica que alrededor del 80% del público se mantuvo firme en sus butacas hasta el último de sus 420 minutos, sino que la mayoría disfrutó de la experiencia y hasta puede decir que sí, que se divirtió.

Polemizar acerca de si el cine es arte o es entretenimiento tiene todas las características de una discusión inútil. Abandonar la disputa clasificando las películas en una de esas dos categorías, como lo hace un matutino de Buenos Aires, un síntoma de pereza intelectual. Por lo pronto, es muy fácil encontrar ejemplos extremos que no dejen dudas acerca de su clasificación. Nadie dudaría de que la producción multimillonaria *Pearl Harbor* es un entretenimiento y que la película *Sátántango*, del húngaro Béla Tarr, con sus parsimoniosas siete horas de duración, es arte. Pero es fácil, asimismo, embarrar la cancha y poner en duda la infalibilidad de ambos ejemplos. Ya que *Pearl Harbor*, hecha con toda la intención de que la gente pase un rato amable y la recomiende a sus conocidos, fue un gran fracaso. Es una película de entretenimiento pero, curiosamente, el público no se entretuvo con ella sino que más bien se aburría. Por el otro lado,

Se podrían también encontrar elementos de una categoría en la otra. Por ejemplo, la gran revolución en la crítica cinematográfica, la aparición en Francia hace 50 años de los *Cahiers du Cinéma*, tuvo como una de sus características la revalorización de los directores del Hollywood clásico y su reconocimiento como verdaderos artistas. Hitchcock, Hawks, Capra y otros que hasta ese momento sólo eran considerados empleados a sueldo de la industria del entretenimiento, pasaron a ser “autores” y sus nombres en las películas se jerarquizaron como la firma de un pintor al costado de un cuadro. Salvando las distancias (ya que el sistema de estudios de Hollywood ha cambiado enormemente desde la época clásica) no es tan difícil encontrar directores en Estados Unidos que, sin apartarse de las necesidades comerciales de su profesión, logran una forma legítima y honesta de expresarse, como Clint Eastwood o John Carpenter. Y, por el otro lado, existe una especie de “industria” de las películas artísticas, compañías dedicadas a su difusión (y a su falsificación, como Miramax), un circuito de distribución propio y hasta vicios y mañas de directores que carecen de talento pero saben darle un aire artístico a películas sin verdadero relieve.

Lo que sí es cierto es que hay dos circuitos de distribución y que éstos se superponen sólo muy ocasionalmente. El principal es el de los estrenos comerciales y, en forma bastante homogénea, está dominado por el cine norteamericano. En todo el mundo y en América Latina en particular, las películas norteamericanas representan más del 50% del total de estrenos. Pero la sensación de dominio es mucho mayor, ya que esas películas suelen tener un aparato publicitario inmensamente más grande y ruidoso que el resto.

No sólo cuentan con la publicidad evidente –como anuncios en televisión y radio, avisos en diarios y afiches callejeros–, sino también con la cobertura mediática que, en la mayoría de los casos, sólo es publicidad encubierta: entrevistas previas, documentales acerca de cómo se rodó, datos sobre efectos especiales, etc. El predominio de ese tipo de cine es tan grande que la mayor parte de la gente no sabe ni se le ocurre pensar que puede haber otra opción.

Esa alternativa está dada, en general, por ciclos de cineclubes o por la esforzada tarea de las cinematecas. En algunos países periféricos, éstas juegan un rol muy importante. Por ejemplo, la Cinemateca de Montevideo reúne en sus salas el 20% del público total que asiste al cine en la capital uruguaya. Pero, la mayor parte de las veces, los equipos de proyección no son los óptimos, las copias sufren los embates del tiempo, los asientos no son cómodos y la ambientación resulta inadecuada. Para un espectador entrenado estas dificultades no son tales, pero la diferencia de comodidad y de calidad de proyección entre un cineplex que exhibe exclusivamente estrenos comerciales y una sala de arte y ensayo suele tener consecuencias catastróficas para la asistencia a estas últimas. Sólo las grandes ciudades como París, Londres o Nueva York, pueden preciarse de exhibir cine de arte de igual a igual con los blockbusters hollywoodenses.

La otra forma de acceder a ese cine es a través de los festivales internacionales: encuentros de diez días en distintas ciudades del mundo, con alguna restricción temática, formal o de origen (o ninguna), en donde los cinéfilos locales se encuentran con una oferta inusitada, imposible de encontrar en otra época del año. Generalmente, aquí sí las condiciones de exhibición están a la par de las comerciales; habitualmente, los festivales utilizan los cineplex y no es una situación inimaginable que las dos películas ejemplares mencionadas en el primer párrafo puedan ser exhibidas en salas contiguas.

El cine latinoamericano está tan alejado de uno como del otro circuito. Es muy raro que una película de nuestro subcontinente sea un éxito comercial en Estados Unidos o en Europa. La última película latinoamericana que pudo exportarse exitosamente fue, en 1998, *Estación Central (Central do Brasil)*, de Walter Salles, que no sólo estuvo nominada para el Oscar a la mejor película extranjera, sino que tuvo cifras de público más que aceptables. En Estados Unidos –una plaza casi inalcanzable–, la vieron más de 1 millón de personas; en Europa, más de 1 millón y medio. Puede ser considerada un éxito con cualquier vara que se mida, pero parece algo aislado, casi sin consecuencias. Repitió el mismo camino de *Como agua para chocolate* que, luego de ganar el Oscar, tuvo una gran repercusión en todo el mundo; pero el cine mexicano no construyó una cinematografía más sólida tras ese suceso. Lo mismo parece ocurrir con la película de Walter Salles y el cine brasileño. El Oscar es un camino individual.

Hay directores latinoamericanos que tienen llegada al circuito de festivales prestigiosos, pero, en general, no representan un movimiento en su propio país sino que portan un prestigio puramente personal. Así, Arturo Ripstein es exhibido en Cannes regularmente, al mismo tiempo que se lo ignora en México; el chileno Raúl Ruiz ha terminado desarrollando su carrera en Francia (al punto de ahora firmar “Raoul” Ruiz); y hasta Fernando Solanas tiene más posibilidades de ser elogiado en París que en Buenos Aires.

El cine comercial que no es producido en Estados Unidos generalmente es exitoso a nivel local, pero inexportable, ya que trabaja con algunos fenómenos populares muy localizados. Las películas argentinas que derivan de la televisión y que llevan a sus estrellas de la pantalla chica a la grande, son fenómenos de taquilla pero pasan inadvertidas en el resto de América Latina y se las desconoce en Europa y Estados Unidos. La única forma de construir una cinematografía nacional fuerte y original, tiene que apuntar sus cañones al circuito de los festivales. El país que cuenta con un movimiento generacional importante, con posibilidades de futuro, es Argentina. Pero está amenazado porque su buena repercusión en la crítica mundial no se corresponde con la atención del público en su propio país. Los grandes éxitos de este tipo de cine, *Pizza, birra, faso*, *Mundo grúa* y *La ciénaga*, apenas pudieron superar los 100 mil espectadores. *Lalibertad*, una película provocativa que fue elegida especialmente para ser exhibida en Cannes, no llegó a los 3 mil. La comparación con el cine industrial, que dispone de una enorme cantidad de publicidad gratuita en televisión, es injusta.

El papel del Estado es ineludible para el sostenimiento de las cinematografías nacionales en América Latina. El problema consiste en que es muy fácil que la política de los subsidios sea utilizada por los grupos económicos relacionados con la televisión, para realizar negocios sin riesgos y sin dejar frutos artísticos serios. La política de estímulos a la cinematografía debe ser focalizada en los directores nuevos con propuestas renovadoras.

El eclipse

AUGUSTO MONTERROSO

Augusto Monterroso (1921) es un escritor contemporáneo de nacionalidad guatemalteca. Su obra narrativa se caracteriza por el relato breve y una conjunción de fino humor e ironía.

Fue profesor de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México —país donde residió desde 1944, autoexiliado por motivos políticos, hasta abril de 1996—, y editor de la Dirección General de Publicaciones de esa Universidad.

Es doctor *honoris causa* por la Universidad de San Carlos de Guatemala (1991) y miembro de la Academia Hondureña de la Lengua.

Entre sus obras más destacadas se encuentran: *La oveja negra y demás fábulas* (1969), *Movimiento perpetuo* (1972), la novela *Lo demás es silencio* (1978), *Viaje al centro de la fábula* (1981), *La palabra mágica* (1983), *La vaca* (1999).

Recibió numerosos premios, entre otros: el Magda Donato y el Xavier Villaurrutia (1975), ambos en México, el del Instituto Italo Latinoamericano de Roma, el Juan Rulfo de Literatura Iberoamericana (1996), el Nacional de Literatura de Guatemala (1997) y el premio Príncipe de Asturias de las Letras (2000).

Cuando fray Bartolomé Arrazola se sintió perdido aceptó que ya nada podría salvarlo. La selva poderosa de Guatemala lo había apresado, implacable y definitiva. Ante su ignorancia topográfica se sentó con tranquilidad a esperar la muerte. Quiso morir allí, sin ninguna esperanza, aislado, con el pensamiento fijo en la España distante, particularmente en el Convento de Los Abrojos, donde Carlos Quinto condescendiera una vez a bajar de su eminencia para decirle que confiaba en el celo religioso de su labor redentora.

Al despertar se encontró rodeado por un grupo de indígenas de rostro impasible que se disponían a sacrificarlo ante un altar, un altar que a Bartolomé le pareció como el lecho en que descansaría, al fin, de sus temores, de su destino, de sí mismo.

Tres años en el país le habían conferido un mediano dominio de las lenguas nativas. Intentó algo. Dijo algunas palabras que fueron comprendidas.

Entonces floreció en él una idea que tuvo por digna de su talento y de su cultura universal y de su arduo conocimiento de Aristóteles. Recordó que para ese día se esperaba un eclipse total de sol. Y dispuso, en lo más íntimo, valerse de aquel conocimiento para engañar a sus opresores y salvar la vida.

—Si me matáis —les dijo— puedo hacer que el sol se oscurezca en su altura.

Los indígenas lo miraron fijamente y Bartolomé sorprendió la incredulidad en sus ojos. Vio que se produjo un pequeño consejo, y esperó confiado, no sin cierto desdén.

Dos horas después el corazón de fray Bartolomé Arrazola chorreaba su sangre vehemente sobre la piedra de los sacrificios (brillante bajo la opaca luz de un sol eclipsado), mientras uno de los indígenas recitaba sin ninguna inflexión de voz, sin prisa, una por una, las infinitas fechas en que se producirían eclipses solares y lunares, que los astrónomos de la comunidad maya habían previsto y anotado en sus códices sin la valiosa ayuda de Aristóteles.

Agradecemos a International Editor's la cesión de derechos para la publicación de este cuento.

[VOLVER AL SUMARIO <](#)

www.revistatodavia.com.ar

© 2002 Fundación Osde. Todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual en trámite.

"La injusticia me rebela"

por SERGIO LANGER

Repasando brevemente mis dibujos, mis chistes, mis historietas podemos encontrar un denominador común: mi total resistencia y oposición a todo sistema de sometimiento y opresión, sea éste religioso, económico, sexual o racial. Cualquier sistema que anule los derechos humanos y suprima los rasgos culturales de una comunidad me rebela. La injusticia me rebela.

El país se descompone, se pudre el modelo económico, todo se degrada y en esos detritos y esa podredumbre busco los temas de mis historietas y mis chistes.

Además de ser un privilegiado, yo siempre digo que dibujo para no laborar. He tenido la oportunidad de viajar por Latinoamérica a bienales de humor como jurado, dictando talleres o montando exposiciones. Fue en esos viajes que conocí a talentosos dibujantes como Palomo y Guillo de Chile, Lauzán y Ares de Cuba, Kemchs de México, Jaguar, Angeli, Allan Sieber y Nildão de Brasil y Ombú de Uruguay.

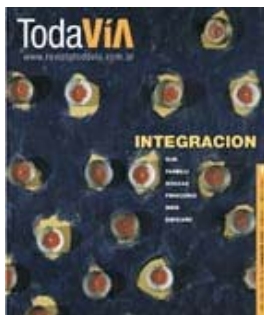
Trabajos



Un humorista corrosivo

Sergio Langer es arquitecto, humorista gráfico e ilustrador. Nació en Buenos Aires el 25 de Junio de 1959. En 1979 publicó sus primeros dibujos en *Rico Tipo y Humor Registrada*. A partir de allí colaboró sucesivamente en: *Sex Humor, Feriado Nacional, El Periodista, Play Boy, Página /12, Sur, La Prensa, Clarín, La Nación, Teleclíc, Somos, Panorama, Noticias, El Observador* de Montevideo, *O'Pasquin* de Rio de Janeiro, *Makoki* y *El Jueves* de España, y de Italia, *Il Glovedì* y *Totem*. En 1991 firmó contrato con Cartoonist & Writers Syndicate, en Nueva York, y sus dibujos sobre política internacional se publicaron en *Newsweek, Miami Herald, Herald Tribune, New York Newsday* y *Los Angeles Times*. En 1993 fundó y editó en forma independiente la revista-libro de artes gráficas y cómics, *Lápiz Japonés*, que obtuvo un subsidio de la Fundación Antorchas y un préstamo del Fondo Nacional de las Artes. El *Lápiz Japonés* va ya por su edición nº 4 bis. Actualmente colabora en el suplemento *Zona* del diario *Clarín*, en la revista *Inrockuptibles* y en distintas publicaciones de España, México y Perú. En mayo de 2000 se publicó su libro *Langer Blanco y Negro*, una antología de sus últimos trabajos (Eudeba/Ediciones del Rojas).



**Dirección General**

Rodolfo González

Dirección Ejecutiva

Omar Bagnoli

Consejo Editorial

Carlos Albisu

Florencia Badaracco

Betina Carbonari

Liliana Cattáneo

Guillermo Fernández

Constanza Sanz Palacios

Claudio Viola

Diseño

Estudio Lo Bianco

Paola Pavanello [diseño web]

Cristian Idiarte [animación]

Juan Lo Bianco [dirección de arte]

Colaboradores

Nora Bär

Roberto Bein

Roberto Bouzas

Aquiles Fabregat

José María Fanelli

Silvia Finocchio

Martín Kohan

Sergio Langer

Guillermo Piro

Gustavo Noriega

José Nun

Sebastián Scigliano

Ricardo Sidicaró

Artistas invitados

Ignacio Carbonari

Rómulo Macció

Ariel Mlynarzewicz

Adolfo Nigro

Guillermo Patiño

Ana Sofía Quintana

Juan Andrés Videla

[VOLVER AL SUMARIO <](#)

www.revistatodavia.com.ar

© 2002 Fundación Osde. Todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual en trámite.